

MARCELINO LEGIDO
La fraternidad apostólica
de Jesús

Intentamos buscar la vida y el camino de la fraternidad apostólica de Jesús. Pero esto no podemos hacerlo directamente. El grupo de hermanos, que le seguía de cerca, iba detrás de él, compartiendo su proyecto y su tarea. Por esto, hemos de contemplar en primer lugar a Jesús, que va abriendo los caminos del reino (I). En este camino, él va reuniendo a la familia de los hermanos de entre la multitud, para reunir a todos los que estaban dispersos por el mundo y preparar para todos la mesa común de su Padre. Necesitamos por tanto también, contemplar en segundo lugar a la iglesia, que va recorriendo detrás de su Señor los caminos del reino (II). Y después de haber contemplado al Señor en su iglesia, hacia el reino, es cuando podemos contemplar al pequeño grupo de hermanos que le seguían de cerca, haciendo con él el mismo camino, compartiendo con él el mismo servicio de reunir su iglesia hacia la plenitud consumada del reino (III). Así podremos descubrir en toda su radicalidad la vida y la tarea de la fraternidad apostólica de Jesús¹.

I. EL SEÑOR POR LOS CAMINOS DEL REINO

Un día salió a los caminos. Anunciaba un mensaje de alegría. «Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la buena noticia de Dios: el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena noticia» (Mc 1, 14-15;

1. Necesitamos estudiar todos los escritos del nuevo testamento. En ellos el camino de antes de la pascua y de después de la pascua se transfunden, porque siempre es el mismo Señor terrestre, crucificado y resucitado, el que va delante abriendo los caminos de su iglesia en la fuerza de su Espíritu, hasta que vencidos todos los poderes, él mismo entregue el reino al Padre. Apuntamos una bibliografía breve y seleccionada al final del capítulo.

Mt 4, 12-17; Lc 4, 16-22). Empezaba a abrir un camino nuevo en una tierra encadenada. En su mensaje resonaba el grito del profeta Isaías, anunciado al pueblo oprimido en la tierra del cautiverio. «Sacúdetes el polvo, levántate, Jerusalén cautiva. Arráncate las coyundas de tu cuello. Sus dominadores dan gritos. Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que yo soy el que decía: «Aquí estoy» ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena noticia, que pregona la salvación, que dice a Sión: «¡Ya reina tu Dios! ¡Una voz! Tus vigilantes alzan la voz, a una dan gritos de alegría... Prorrumpid a una en gritos de alegría» (Is 52, 2. 5-6. 7-9).

1. *Una tierra encadenada*

Jesús anuncia la buena noticia en una tierra encadenada, a un pueblo que está en la esclavitud. El mismo lo había visto con sus ojos. Galilea, en Palestina, era un pobre rincón de la tierra dominada por el imperialismo romano. Allí estaban los militares para mantener el orden y los recaudadores de contribución para extraer la riqueza. Estas cadenas, impuestas desde arriba, ataban a un pueblo y a una tierra, que estaban ya encadenados. La tierra estaba en manos de unos pocos, los que se podían permitir el lujo de partir a un largo viaje. La mayoría eran trabajadores asalariados, que tenían que vender su trabajo para poder vivir. Allí estaban tirados en la plaza del pueblo, esperando que los contrataran, si es que había trabajo (Mt 20, 1-7). Esta situación de injusticia empalmaba estrechamente con la situación de opresión. El imperialismo romano se apoyaba sobre el sanedrín, en donde se sentaban los sacerdotes y los letrados, al lado de los ancianos, los aristócratas «de toda la vida». Por eso las cadenas de la injusticia, que esclavizan y enfrentan a ricos y a pobres, empalman estrechamente con las cadenas de la opresión, que esclavizan y enfrentan a poderosos y desvalidos.

El centro del sanedrín, presidido por el sumo sacerdote, está ocupado por el alto clero, que tiene en sus manos la banca del templo y que ejerce el poder sometiendo y oprimiendo al pueblo. Los jefes de las naciones «las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con poder» (Mc 10, 42). Por eso el pueblo de los pobres no tenía puesto, ni participación. Se lo habían arrancado. Estaban «despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 36). La opresión sociopolítica empalmaba con la opresión cultural y religiosa, protagonizada por los letrados. Especialistas en las sagradas escrituras, que eran el saber entero, actuaban sobre todo como juristas y teólogos. Salidos en gran parte del pueblo se habían «descla-

sado» integrándose en el bloque dominante. Desde arriba miraban al pueblo pobre e inculto, que jamás había podido ir a la escuela y que estaba sometido por la enseñanza que ellos hacían de la ley. Ellos no se podían sentar en la mesa de un campesino, ni podían casarse con una mujer tomada de entre las gentes del país. Esas gentes que son malditas porque no conocen la ley (Jn 7, 49). Por eso las cadenas de la injusticia y de la opresión que esclavizan y enfrentan a los ricos poderosos y a los pobres desvalidos, empalman estrechamente con las cadenas de la mentira establecida, que esclavizan y enfrentan a los «sabios entendidos» y a los incultos ignorantes.

La situación era crítica y tensa. Había una fuerte lucha entre el bloque de los poderosos y el de los desvalidos. Los campesinos estaban en rebeldía. Cualquier día podían matar a los encargados de las fincas y al mismo hijo del amo (Mt 21, 33-38). Por eso el pueblo se había movilizó en distintas direcciones. Los ricos, en el movimiento saduceo, pretendían mantener el prestigio social de la fe, legitimando su posición. Los sacerdotes del alto clero se sentían árbitros de la situación desde el templo, que ante la mirada de Jesús era una cueva de ladrones (Mc 11, 15-17). Los letrados, se aseguraban a sí mismos con su interpretación de la ley, poniendo cargas insoportables sobre los hombres del pueblo y legitimando la muerte del cualquier profeta que gritara por la justicia de Dios. El movimiento espiritual de los fariseos, que pretendía llevar a la vida diaria la santidad sacerdotal, era a pesar de su esfuerzo de fidelidad a la ley, una legitimación del orden establecido. Su grupo más radicalizado ha optado por el desierto. En una extremada fidelidad a la observancia de la ley, pretendían ser los hijos de la luz, en medio del pueblo que yace en las sombras de la impureza y de la maldición.

Por su parte, se ha iniciado otro movimiento contrario que pretende ser fiel a la alianza, subvirtiendo el orden establecido. Sólo Dios puede reinar. Hay que luchar incluso con las armas contra el imperialismo romano y arrancar de la tierra de promisión el peso de la dominación extranjera. Pero esta liberación política de la superestructura imperial no basta, si al tiempo no se arranca la propiedad y el poder a los ricos del país, que están esclavizando al pueblo. La lucha entre los bloques sociales es intensa. El pueblo sencillo está dividido entre la «enseñanza integradora» de los maestros del fariseísmo y la «proclama revolucionaria» de los líderes del zelotismo. Unos y otros legitiman «su» puesto social y «su» proyecto político desde la misma fe. Buscando «sus» intereses, les interesa a todos la instauración del reino, del que habían hablado los profetas y por el que suplicaban los salmos. El pueblo de los pobres, en lo más profundo, simpatizaba sobre todo con el movimiento de liberación de los guerrilleros, que habían declarado una lucha abierta y violenta a los opresores, que

despojaban a los pequeños y esclavizaban la tierra. Pero en medio del pueblo había grupos, que esperando apasionadamente la liberación y gritando por ella, no confiaban tampoco en los caudillos de la revolución. Lo esperaban todo y sólo del Señor. Eran «sus» pobres. En este contexto histórico se respira una atmósfera de tensión prerevolucionaria. El ansia de liberación late en el corazón del pueblo sencillo. Hay una conciencia cada vez más aguda de la esclavitud y un grito cada vez más fuerte y apasionado por la liberación. «Cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21, 28).

2. *El grito por la liberación*

El pueblo de los pobres leía la situación desde la mirada orante de los salmos. Es verdad. Los malvados tienen su boca llena de fraudes, para encubrir su opresión. Se sientan al acecho. Sus ojos espían a los pobres. Acechan a los desgraciados para robarlos y arrastrarlos a sus redes. Caen con violencia sobre los indefensos y derraman su sangre sobre la tierra. Ellos se creen los amos, los señores, los dioses de esta historia sangrienta del pueblo, caminante en su tierra. Su idolatría se ha convertido en opresión (Sal 9, 10, 11, 13, 17, etc.). El pueblo grita. «Levántate, Señor, extiende tu mano... Tú ves las penas y los trabajos, tú miras y los tomas en tus manos. A ti se encomienda el pobre... Rómpele el brazo al malvado... El Señor reinará eternamente... Señor, tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oídos y los animas» (Sal 10, 12-17).

El grito de la liberación no nace en el pueblo sólo de la conciencia de su esclavitud, sino sobre todo del anuncio en promesa de que el Señor vendrá a liberarle. Es este anuncio de la liberación del Señor, el que ahonda y ensancha su conciencia de esclavitud y le hace anhelar apasionadamente la libertad. Eran las palabras de los profetas, sobre todo de Isaías, y las de los salmos, las que el pueblo había guardado en su corazón. Efectivamente aparecerá el Señor (Is 45, 12-25). El, que es el Dios escondido, aparecerá como salvador. El construyó la tierra como una casa y puso en ella a la familia humana. Cuando la familia se rompió y la tierra quedó en ruinas, él mismo reunió de nuevo a su familia en la promesa hecha a Abrahán y arrancándole las cadenas de la esclavitud, la condujo de la mano de Moisés por el camino de su ley hasta la tierra de la herencia. El mismo aparecerá ahora en la tierra de la idolatría y de la opresión. «Volveos hacia mí para salvaros confines de la tierra... Ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua. Dirán: «Sólo el Señor tiene la justicia y el poder» (Is 45, 22-24). El vendrá para transfigurar la tierra: de campo

de guerra se convertirá en morada de justicia y de paz. Las espadas se convertirán en arados, las lanzas en podaderas (Is 11, 6-9; 2, 4). Se quebrará la vara de los opresores. Y la bota que pisa y la túnica ensangrentada serán pasto del fuego (Is 9, 1-4).

La familia de los pueblos, que está dividida y enfrentada, se reunirá en torno a una mesa a partir el pan y a beber la copa, mientras se van secando las lágrimas de los ojos (Is 25, 6-8). Este reencuentro del Señor con toda la familia de los pueblos sucederá acogiendo sobre todo a los pobres y poniéndolos en primer lugar. «Oirán aquel día los sordos... los ojos de los ciegos verán. Los pobres volverán a alegrarse en el Señor... Se habrán exterminado los tiranos» (Is 29, 18-20). «Entonces se despegarán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como el ciervo y la lengua del mudo lanzará gritos de alegría. Pues serán alumbradas las aguas en el desierto y los torrentes en la estepa. La tierra abrasada se convertirá en estanque y el pedernal en manantiales de agua» (Is 35, 5-7). El convertir la tierra en mesa compartida y reunir en torno a ella a la familia de los pueblos, sentando en los primeros puestos a los pobres, será una obra que el Señor realizará por medio del Ungido. El será el soberano, el príncipe de la paz, que establecerá el reino de la justicia (Is 9, 5-6). Su soberanía será la servidumbre del siervo, que no quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha humeante, pero con entera fortaleza establecerá el derecho en la tierra, haciendo justicia a los pobres (Is 11, 1-4; 42, 1-7). Este servicio de su soberanía le convierte en el libertador, el que arrancará todas las cadenas e inaugurará la tierra nueva y compartida del año de gracia del Señor (Is 61, 1-3). El libertador será así el lugarteniente del Señor, su mano extendida para establecer su señorío desde lo alto, el Hijo del hombre que vendrá desde las nubes del cielo (Dan 7, 9-14).

A este anuncio de la liberación, respondía la espera de la liberación y la plegaria ardiente por ella. Es la súplica por la venida del reino de Dios a este mundo de los señoríos idolátricos y opresores. «El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Justicia y derecho sostienen su trono» (Sal 96, 1-2). «Reinas con poder y amas la justicia... tú administras la justicia y el derecho» (Sal 98, 4). El es el que reunirá en su reino, en la misma mesa, a la familia entera de los pueblos (Sal 47) y en ella sentará con preferencia a los pequeños, curándoles todas sus heridas. «El levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono de gloria» (1 Sam 2, 8). «Te ensalzaré, Dios mío, mi rey, bendeciré tu nombre por siempre jamás» (Sal 144, 1). El es el «que hace justicia a los oprimidos, el que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor guarda a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la

viuda y trastorna el camino de los malvados» (Sal 145, 7-9). Esta obra de su señorío la realizará por medio del Ungido: «Que los montes traigan paz y los collados, justicia. Que él defienda a los humildes del pueblo, que socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador» (Sal 71, 3-4). El grito por la liberación, está provocado en las entrañas del pueblo por el anuncio del Señor, como libertador, y a él se responde con las mismas palabras, que su espíritu alienta. Así se ha configurado, hasta su misma oración comunitaria. «Toca con gran trompeta para nuestra liberación y levanta bandera para que se agrupen nuestros exiliados... Y sé nuestro rey, tú solo». (*Semoné Esré* 10, 11). «Que haga prosperar nuestra liberación, que haga nacer a su Ungido» (*Qaddisch*).

3. *El último rostro de aquel profeta*

Cuando salió a los caminos era de noche. Aquella hora parecía un tiempo de silencio y de abandono de Dios. Hacía mucho que no soplabla el Espíritu. El pueblo se quejaba de que le faltaban profetas. El Señor había prometido que la fuerza de su aliento descendería en los últimos tiempos (Jl 3, 1) de la alianza nueva (Ez 36, 23-28; Jer 31, 31-34). Pero esta hora se hacía esperar. Es verdad que se había oído la voz profética de Juan el Bautista, que fue como la llamada de una aurora nueva que amanecía (Lc 7, 24; Jn 1, 19-23). Pero pronto aparece por los caminos otro profeta, el más grande, el último. Así lo vieron enseguida los dirigentes del pueblo, aunque no se atrevieron a decirlo e hicieron todo lo posible por desacreditarlo (p. e. Lc 7, 39; Mc 16, 45). Así sobre todo lo vió y lo confesó el pueblo sencillo. «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos dijeron: Unos que Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas» (Mt 16, 13; Mc 6, 14-15). Así se consideró él mismo y se proclamó, cuando salió a los caminos. «Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día del sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollando el volumen, halló el párrafo donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar el evangelio a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a arrancar las cadenas a los oprimidos, y a anunciar un año de gracia del Señor». Enrollando el volumen, lo devolvió al servidor y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó a decirles: «Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (Lc 4, 16-21).

Jesús aparece por los caminos como el profeta del reinado de Dios. Pero los hermanos que le contemplaron de cerca, que le vieron

con sus ojos y le palparon con sus manos (1 Jn 1, 1), descubrieron la ultimidad de su rostro. El último secreto de su ser se desveló ante ellos, cuando le oyeron gritar incesantemente: «Abba, Padre», como si fuera su hijo preferido. Fue entonces, cuando él les desveló su rostro y el misterio entero de su obra, que ellos después de su resurrección, a la luz del Espíritu, irían descifrando. Su secreto se lo reveló a los pequeños, a los que estaban cansados y agobiados. «Todo me lo ha entregado mi Padre y nadie conoce al Hijo más que el Padre, ni nadie conoce al Padre más que el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar» (Mt 11, 27). Por eso ellos alcanzaron a descubrir, a la luz del Espíritu, que era el mismo Padre el que les había enviado y presentado a su Hijo. En el instante del bautismo habían oído la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado, escuchadle» (Mt 3, 17; cf. Mc 1, 9-11; 3, 21-22) y esta misma voz había resonado en el monte santo, donde se trasfiguró su rostro. Entonces se formó una nube que les cubrió con su sombra, y vino una voz desde la nube: «Este es mi Hijo amado, escuchadle» (Mc 9, 7). El Ungido para ser el siervo y el libertador, era sobre todo el Hijo del amor del Padre. Pedro lo confesó en el camino: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente» (Mt 16, 16). El centurión, un hombre del mundo de los pueblos, lo confesó en las sombras del Calvario: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (Mc 15, 39).

A la luz de su resurrección, en la lumbre del Espíritu, fueron penetrando el misterio suyo que envolvía a los discípulos, a la humanidad y a la tierra. Su Padre, el Padre de nuestro Señor Jesús Cristo, desde antes de la creación del mundo le había engendrado, dándole en su amor todo su ser. El Hijo amado, a su vez, entregó al Padre en su amor todo su ser. Este abrazo común que les une, en unidad radical, es el aliento del Espíritu del amor. La sorpresa insondable de los discípulos en medio del pueblo y del mundo es que se ven incorporados a este abrazo de amor. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús Cristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la constitución del mundo...eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesús Cristo, para alabanza de gloria de su gracia, con la que nos agració en el amado... Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1, 3-10). El Padre ha querido desde siempre reunir en torno a su Hijo una inmensa familia de hijos pequeños, a los que amará por él, con él y en él, y los que a su vez pudieran amarle por él, con él y en él, para alabanza de gloria de su gracia. «A los que de antes conoció, a éstos

los predestinó, a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29). Al tiempo el Padre se propuso, en el beneplácito de su voluntad, hacer una casa común en el universo de los cielos y de la tierra, encabezada también por el Primogénito, y que fuera mesa común donde todos los hermanos se sentaran a compartir.

Es tan estrecha la comunión del Padre, con el Hijo en el Espíritu (cf. Jn 5, 19; 7, 16; 8, 28 s; 12, 49) que Jesús se presenta como un desvelamiento del rostro del Padre. «A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18). «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9). El Padre ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar su gloria en el rostro de Cristo, que «es imagen de Dios» (2 Cor 4, 4). Este es el último rostro del profeta, que ha empezado a recorrer los caminos. El es el «Hijo amado del Padre». Por eso su rostro es una transparencia del rostro del Padre, su imagen. Según esta imagen ha sido configurada la familia de los hermanos (Rom 8, 29; 2 Cor 3, 18; 1 Cor 3, 19), de la que él es el hermano mayor, el primogénito. Pero también, según esta imagen ha sido configurado el universo de los cielos y de la tierra, para ser encabezado por él, como señor, que en él establezca el señorío de su justicia. «El es imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas... y todo tiene en él su consistencia» (Col 1, 15-17). El es el Hijo a quien el Padre «constituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos, el cual, siendo el resplandor de su gloria y la marca de su ser, sostiene el universo con su palabra poderosa» (Heb 1, 2-3). El es, en efecto, la palabra del Padre, la que estaba con él, la que era él. En ella y por ella el Padre nos dijo y nos dio todo. Por ella construyó la casa común, por ella reunió a la familia de sus hermanos, sobre la que derramó de su plenitud gracia sobre gracia (Jn 1, 1-16). Con estas expresiones sencillas del pueblo, los primeros hermanos querían expresar la ultimidad de su ser, y el punto de arranque de su camino, que desde el seno del Padre, donde existía desde siempre como imagen y palabra suya (Flp 2, 6), ha descendido a las partes más bajas de la tierra. En realidad, de su acogida del don del Padre, de su entrega obediente al beneplácito de su voluntad fue de donde partió para recorrer los caminos.

4. *Se vació tomando la forma de esclavo*

Al verle por los caminos, los hermanos reconocieron que había sido enviado por el Padre, para manifestarnos por él todo su amor. «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único» (Jn 3,

16). «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4, 9). Estamos en el momento culminante del tiempo. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su hijo» (Gál 4, 4), para que nos arrancara las cadenas (Rom 8, 2-4) y nos diera su justicia, que es radicalmente su filiación (Gál 4, 5). A este gesto del amor insondable del Padre, el Hijo responde en la obediencia exhaustiva y fiel. «¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte nuestra?». Dije: «Aquí estoy; envíame a mí» (Is 6, 8). «Por eso al entrar en el mundo dice... «Aquí vengo... para hacer tu voluntad» (Heb 10, 5-7). «Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté, estén también ellos conmigo, para que vean la gloria, que tú me diste, porque me has amado desde antes de la creación del mundo» (Jn 17, 24).

Esta comunión de obediencia al amor del Padre por nosotros le hizo descender a esta tierra encadenada, en la que los hermanos gritaban por la liberación. Los hombres en rebeldía habían intentado en Adán ser igual a Dios, arrancar a Dios su divinidad. Así se cerraron al amor del Padre en la desobediencia y al amor de los hermanos en la opresión. La familia queda rota y la tierra ensangrentada (Gen 3, 1-23; 4, 1-16). Ahora el Hijo amado, que estaba junto al Padre, en el resplandor de su gloria «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres y dejándose encontrar como un hombre cualquiera» (Flp 2, 6-7).

Cuando salió a los caminos venía de lo más alto, pasando por lo más bajo. La entrega contemplativa y obediente al Padre por nosotros y por el universo, le había conducido a «las partes más bajas de la tierra» (Ef 4, 9). La bajada fue un cambio en el estar. Se «desclasó». «Puso su choza entre nosotros» (Jn 1, 14). Los pobres estaban en la intemperie de la tierra encadenada, como los beduinos, que siguen a un pequeño rebaño para subsistir, estando siempre en marcha cobijados por el ligero cobijo de la tienda. Del seno del Padre, a los agujeros de las rocas en la intemperie del campo. José y María, que le lleva en sus entrañas, van bajando, van bajando. Atraviesan la ciudad entera y no hay para ellos acogida. Bajan más abajo, a las cuevas del campo, donde los pastores descansan vigilando sus rebaños. Bajan más abajo, abajo del todo, más abajo de donde viven los pobres, al pesebre de paja donde los pobres dan de comer a sus ganados. «Y dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lc 2, 7). El Salvador, el Ungido, el Señor, no puso su morada en el palacio de David, sino en las afueras de la tienda de los últimos pobres.

Pero la bajada era más honda. Era un descenso en el tener y en el ser, un despojo y un vaciamiento. El Hijo mayor no quiso abrir sus

manos a los hermanos pequeños desde arriba, desde el tener, sino desde abajo, desde el despojo, para que sus manos abiertas fueran ofrenda gratuita para todos. «Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesús Cristo, que siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros os enriquecierais con su pobreza» (2 Cor 8, 9). Pero el despojo no es sólo un gesto que se desprende del tener, sino que se desprende y comparte el mismo ser. Al poner la choza en la tierra de los pobres, no sólo comparte lo que tiene desde el despojo, sino que comparte lo que es desde el vaciamiento. Siendo la «imagen del Padre», asume la «imagen de los hermanos», hasta en su pequeñez, hasta en su esclavitud. «La Palabra llega a ser carne» (Jn 1, 14). La Palabra se convierte en carne y la carne en Palabra. El hijo se hace hombre en comunidad, en tierra, en historia. Más aún, asume la condición de esclavo, que es la condición de los hermanos sometidos a esclavitud en la tierra encadenada. Entra en la condición de la carne del pecado (Rom 8, 3), se aparece como un hombre de tantos, entre la multitud de los que son el desecho del mundo, la misma nada. Su rostro ha quedado trasfigurado. Los hermanos le veían como un profeta, pero ante su mirada se trasfigura y alcanzan a ver la ultimidad de su rostro, el rostro del Hijo del amor del Padre. Pero este rostro estaba trasfigurado, por los caminos, en el rostro de un hombre entre los hombres, de un pobre entre los pobres.

Los primeros hermanos le vieron tan cerca, que les pareció uno de los suyos, uno de los trabajadores explotados de la tierra, salido de un pueblo perdido y de una familia desconocida e insignificante. De ahí las preguntas de su sorpresa. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1, 46). «¿De dónde le viene esto?... ¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón?» (Mc 6, 2-3). «Entonces ¿de dónde le viene todo esto? Y se escandalizaban de él» (Mt 13, 56). «Al principio sus familiares no creían en él (Mc 3, 21). Y su mismo pueblo le rechazaba (Lc 4, 22-24). Era incomprendible para ellos que el profeta, que parecía el Ungido, se hubiera aparecido en tan estrecha cercanía y en tan íntima identidad. Treinta años de comunión profunda con su pueblo y con su tierra, desde la vida oscura y anónima de un trabajador del campo. Había logrado comulgar no sólo con su sangre y su lenguaje, con su cosmovisión y su destino, sino también con sus angustias y sus esperanzas. No podían comprender que fuese tan humano, tan hermano de los hombres el que, en su ultimidad, aparecía como Hijo del Padre y más difícil aún se les hacía el que el Hijo del Padre pudiera trasparecerse en el rostro humano del hijo del carpintero. Para ser hermano misericordioso «tuvo que asemejarse a todos los hermanos» (Heb 2, 17). «Probado en todo igual que nosotros, menos en el pecado» (Heb 4, 15). También él estuvo «envuelto en la flaqueza» (Heb 5, 3) y hasta el Padre cargó

sobre sus espaldas nuestros pecados (1 Pe 2, 24) haciéndole pecado por nosotros (2 Cor 5, 21). Al recorrer los caminos, los hermanos que le acompañaban de cerca estaban asombrados, cuando contemplaban su rostro. Les parecía lejano y cercano. Aquel profeta aparecía como Hijo del Padre y hermano de los hombres. La lejanía se hacía cercanía y la cercanía hacía atisbar la infinita lejanía. No podían integrarle en su mirada. Desbordaba su camino y su horizonte.

5. *La buena noticia del reino*

Cuando Jesús salió a los caminos, había visto de cerca desde hacía tiempo al pueblo despojado y abatido, que yacía en las sombras de la opresión y de la muerte. Conocía bien las cadenas de la opresión socio-económica, política, cultural y religiosa. Había visto la tierra dominada por el príncipe de este mundo, que había hecho de ella su señorío, en el que se enfrentaban a muerte los ricos, los poderosos y los letrados contra los pobres, los desvalidos y los ignorantes. Conocía bien esta lucha. Y sin embargo su mirada es mucho más penetrante. Veía también a unos y a otros cerrados al amor. Todos se oponían a la oferta del amor gratuito que les invitaba a salir de sí. Todos estaban esclavizados por el pecado que los encadenaba en lo más profundo de sí mismos (Lc 10, 13-16; cf. 11, 21-23) y les igualaba a todos en la solidaridad de la culpa. A unos y a otros les veía marcados por el dolor. Tanto la suegra del pescador (Mc 1, 29-30), como el hijo del funcionario real (Jn 4, 46-53) se desintegran en el dolor, que a unos y otros abarcaba en solidaridad profunda. Cerrados al amor y marcados por el dolor se enfrentaban entre sí luchando por el tener, el poder y el saber. Y caían así vencidos por la muerte, que a unos y otros alcanzaba (Lc 7, 11-12; Jn 11, 1-16). Jesús, al caminar, descubría que los señores de este mundo no eran tanto los personajes históricos, que parecían protagonizar la situación, cuanto las fuerzas cósmicas de la injusticia, la opresión y la mentira, nacidas de la esclavitud del pecado y consumadas en la terrible y definitiva esclavitud de la muerte. «El aguijón de la muerte es el pecado» (1 Cor 15, 56). «El salario del pecado es la muerte» (Rom 6, 23). Reina Satanás, con sus poderes comunitarios y cósmicos, que dominan y configuran la existencia humana (Lc 10, 19; Mt 12, 26; 10, 25). Los hombres en la tierra encadenada, todos ellos, y más aún los pequeños, están sometidos a una esclavitud que parece irrompible. «El pecado reina por la muerte» (Rom 5, 21).

No es extraño, pues, que el grito de la liberación nazca de cada hombre, de todo el pueblo, de la tierra entera. Pero en aquel entonces los esfuerzos por abrir los caminos de la liberación eran diversos. Hay

dos actitudes completamente distintas. Por una parte está la actitud de buscar el reino, desde el proyecto propio e inmanente de la justicia. La liberación es una conquista. En el bloque dominante los fariseos buscaban alcanzar el reino con sus «observancias», cargando sobre sus hombros el yugo de la ley, interpretada desde sus intereses. Intentaban integrar el reino, legitimando su proyecto de integración. No lejos de ellos estaban los saduceos, a quienes, sin tanta profundidad religiosa, les interesaba sobre todo atestiguar su fe como prestigio social. Y tampoco estaban lejos los monjes, que a pesar de su radicalidad religiosa en la observancia de la ley, se mantenían a la espera del reino, desde su aristocracia espiritual iluminada y vigilante. En el bloque dominado, los zelotes buscaban alcanzar el reino con «su militancia revolucionaria». Intentaban legitimar la subversión revolucionaria con la teología del reinado exclusivo de Dios, pero en el fondo primaban sus objetivos de combatientes. Buscaban todos la liberación en la justicia. Pero «desconociendo la justicia de Dios y empeñándose en establecer la suya propia, no se sometían a la justicia de Dios» (Rom 10, 3). Pero por otra parte, los pequeños grupos de los pobres del Señor, desde otra actitud completamente diferente, esperaban el reino como un don, que había que convertir en tarea. El anuncio profético y la oración sálmica eran el alimento de su grito.

Jesús, el profeta de Nazaret, ha empezado a recorrer los caminos de la humanidad dividida en la tierra encadenada. Su mensaje es la buena noticia del reino de Dios. «Y dejando Nazaret, vino a residir a Cafarnaún, junto al mar...». «El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una luz grande; a los que habitaban en sombras de muerte una luz les ha amanecido». Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: «Convertíos, porque ha llegado el reino de Dios» (Mt 4, 12. 16-17). El es el mensajero que viene a gritar la alegre noticia al pueblo esclavizado en la tierra del cautiverio (Is 52, 7). Las gentes se allegaban a él, reunidas en torno suyo. Y le preguntaban: ¿Qué es el reino? ¿En qué notamos que ha llegado ya? Y Jesús les explicaba su misterio, desentrañándoles el padrenuestro (Mt 6, 9-14; Lc 11, 2-4) y las bienaventuranzas (Lc 6, 20-26; Mt 5, 1-12).

La primera gran señal de que el reino ha venido a través de sus manos, es que el Padre en su misericordia entrañable y en su ternura soberana y desmedida ha salido al encuentro de todos para hacerlos sus hijos en una familia de hermanos. «Todos vosotros sois hermanos... uno solo es vuestro Padre» (Mt 23, 8-9). El Padre, mi Padre, os ama, os acoge, os reúne, os alienta con su amor. El quiere cumplir ahora ya «en mí» el propósito de su voluntad. Quiere reuniros a todos en una gran familia de hijos y hermanos, y hacer del universo, de los cielos y de la tierra, una gran mesa, donde todos se sienten y los pequeños sean los primeros. Jesús, al allegarles junto a sí, les compar-

te su amor (1 Cor 6, 17) y pone en los labios de los hermanos que le rodean su misma palabra: *Abba* (Mc 14, 36; Gál 4, 6; Rom 8, 15-17). Este abrazo de amor que el Padre les da por manos de Jesús, el Hijo amado, es el que los hace renacer, para vivir en su Espíritu, siendo hijos y hermanos en él, entregados por entero a la obediencia de la fe, al beneplácito de su voluntad. «Padre nuestro... Venga tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mt 6, 9-10). En este encuentro, el Padre no ha venido a buscar a un grupo, de pocos y observantes, sino a la multitud del pueblo entero, para reunir en uno a todos sus hijos, que estaban enfrentados y dispersos por el mundo (Jn 11, 52). Este encuentro, que libera de todas las cadenas, empezando por las más hondas, crea una nueva comunión, una nueva comunidad, una tierra nueva. La imagen más adecuada para compararle es la mesa del compartir, la mesa grande de las bodas del Hijo, donde todos pueden reunirse en la alegría del amor (Mc 14, 25; Mt 8, 11; Lc 22, 29-30; Lc 14, 15-24; Mt 22, 2-10).

La segunda gran señal de que el reino ha venido a través de sus manos es que el Padre, el reunir a sus hijos y al preparar la mesa común, ha ido a buscar en primer lugar a los últimos, para ponerles a la cabecera de la mesa. Cuando los amigos de Juan fueron a preguntar a Jesús, se llenaron de increíble sorpresa. «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Jesús les respondió: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia. ¡Y dichoso de aquél, que no se escandaliza por mí!» (Mt 11, 3-6; cf. Is 26, 19; 29, 18; 35, 55; 61, 1). En esta mesa compartida, ellos, entregados al amor liberador del Padre, por manos de Jesús, serán los primeros. «Sal en seguida a las plazas y a las calles de la ciudad y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, ciegos y cojos» (Lc 14, 21). La tierra estaba convertida en mesa. La multitud venida de las ciudades, los pueblos y las aldeas, estaba sentada sobre la hierba en torno a él, que les partía el pan. Los pequeños y los pobres estaban en los puestos primeros, allí junto a los discípulos que se habían quedado sólo con él (Mt 14, 13-21; Mc 6, 30-42; Lc 9, 10-17; Jn 6, 1-13). Entonces les decía: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis... Pero ¡ay de vosotros los ricos! porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos! porque tendréis hambre»... (Lc 6, 20 s).

El reino ha llegado ya. Ha llegado en él. «Dichoso, quien no se escandaliza por mí» (Mt 11, 6). «El reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17, 21). El es el rostro del Padre. Sus brazos extendidos son los brazos del Padre, que acogen y reúnen y recrean. A la luz de su

rostro, amanece la aurora de la consumación del mundo. Es la vida suya la que está venciendo a la muerte. Los que estaban encadenados, son liberados; los que estaban heridos son curados; los que estaban rotos son reintegrados, los que estaban muertos son resucitados. En torno suyo, a través de sus manos, están amaneciendo los hombres nuevos de la nueva humanidad para la nueva creación. Era el cumplimiento, más aún la superación, de la prolongada y tensa esperanza. «¡Dichosos los que ven lo que veis vosotros! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron» (Lc 10, 24). Esta aurora de la consumación no es la integración ni la subversión del orden establecido. Es una creación nueva. Se conmueve el mundo desde más abajo de sus cimientos, desde la ternura del Padre que lo abarca. Los pobres, amados, se hacen pobres de corazón y se ponen a compartir en la mesa. Los ricos, si quieren mantener sus tronos tendrán que irse vacíos. Pero, si se dejan amar, abandonando todo con alegría, se pondrán a compartir desde abajo, en la ofrenda de la pobreza del corazón y serán acogidos también en la misma mesa. La vieja creación no se remienda con un paño nuevo, sino que toda ella se recrea desde la ternura del Padre que ha empezado a darse en la plenitud de su amor, por manos de su Hijo, para reunir la familia y preparar la mesa común. Así se sembraba en la tierra el pequeño grano de trigo (Mc 4, 1), el insignificante grano de mostaza (Mt 13, 31), la reducida levadura (Mt 13, 33) del reino de Dios. Era la pequeña fraternidad que Jesús reunía con el propósito de preparar «ya ahora» la consumación futura del reino del Padre, que sucederá en el último día (Lc 10, 12; Mt 11, 22-24; 12, 36).

6. *La liberación ya empieza en las entrañas*

Jesús empieza a preparar el reino, reuniendo una pequeña fraternidad. Un grupo de hombres, que han creído en él y se han dejado acoger por la misericordia entrañable del Padre. Ahora han empezado a ser hijos y, por ser hijos, son radicalmente hermanos, rotas todas las barreras de la sangre y de la estructura social. «Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: «¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». El les responde: «Quién es mi madre y mis hermanos?». Y mirando en torno suyo a los que estaban sentados en corro alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 32-35). El reino se ha iniciado con una fuerte experiencia de comunión, fundada en el don del amor del Padre, que sale al encuentro. Es como un tesoro que se encuentra. No es una conquista de los hombres, que desde el proyecto de su libera-

ción y de su justicia realizan la hazaña de lograrlas. No los fariseos con «su» observancia que legitiman la integración, ni los zelotes con «su» militancia, que legitiman la revolución. Primero hay que dejarse encontrar, disponerse a la sorpresa del encuentro. Como si fuera un tesoro escondido en el campo, o una perla preciosa escondida en el cargamento de un barco (Mt 13, 44-46). La comunión es un don para la liberación y la liberación más radical es dejarse querer por el Padre y entregarse sin condiciones y con profunda alegría a su amor.

Para reunir la familia de hermanos y preparar la mesa común, es necesario romper las cadenas más hondas que esclavizan el corazón de los hombres. Están cerrados al amor del Padre en la idolatría de la desobediencia y por eso están cerrados al amor de los hermanos en el egoísmo de la opresión. Jesús, empieza la tarea de la liberación pidiendo a los hombres que cambien el corazón. «Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15). Pero abrirse a esta hondura del amor es imposible para el hombre, si no consiente en ser amado. La conversión no es un esfuerzo de las propias manos, que sea la condición previa para el encuentro. Jesús se sienta a la mesa con los pobres que son, al mismo tiempo, pecadores (Lc 15, 1-2; Mc 2, 15-16; Mt 9, 10-13). No sólo les dice que el reino de Dios es suyo, sino que les atestigua su amistad entrañable, acogiéndolos en la mesa. El es amigo de «publicanos y pecadores» (Mt 11, 19; Lc 7, 34). La palabra de la acogida, proclamada por la buena noticia, se hace gesto de acogida y esta palabra hecha y este gesto expresado provocan a los hombres a abrirse al amor. El amor de Jesús, hecho gracia, engendra la conversión. Los hombres no se preparan con sus obras para el encuentro de la acogida; es el encuentro de la acogida lo que les capacita para dejarse acoger. Convertirse es «ser encontrado». Con ello la liberación más radical de la historia humana, se inicia en las entrañas de los hombres. Gracias a esta acogida, los hombres podrán disponerse libremente a entrar en la fraternidad y a compartir la mesa.

Los hombres están cerrados al amor y sumidos en la pobreza. Como aquel hijo que, queriendo vivir por su cuenta, se cerró al amor del Padre. Se separó de sus hermanos y abandonó la casa (Lc 15, 11-32). Pero luego, en la tierra lejana, sintió el peso de su corazón añorando el amor de su padre, mientras al tiempo ni siquiera podía llenar el estómago con las algarrobas de los cerdos. Pero, cuando volvía a casa, atraído por el amor de su padre, se encontró con que el padre mismo, anciano ya, venía corriendo a su encuentro. Le acogió, le abrazó y le besó con todo su cariño «largamente». El hijo que regresaba tan sólo quería ser jornalero. Iba con hambre y, sobre todo, con culpa. Pero el Padre pone su gracia, allí mismo donde estaba su pecado, para que pueda, en verdad, ser hijo. Le da un vestido de fiesta, la señal gozosa de su salvación. Le da calzado y le pone el anillo

como señal cierta de que es hijo y heredero. Y le sienta a la mesa con la casa entera a comer en fiesta, porque el hijo había pasado de la muerte a la vida. Jesús, al anunciar esta parábola central del mensaje del reino, quiere tan sólo presentar el rostro inmensamente amoroso del Padre, que acoge a sus hijos en la extremada pobreza de su culpa y hace posible que sean hijos en la familia de los hermanos y se sienten en la mesa del compartir. El amor del Padre es desmedido, ilimitado. Y este amor se ha trasparecido en el rostro de Jesús. El reclama para sí ser aquél, en quien el Padre se representa; es decir se hace presente para buscar lo que estaba perdido: la oveja que se extravía (Lc 15, 4-7; Mt 18, 12-14) y la dracma que se perdió (Lc 15, 8-10).

La liberación es, en primer lugar, la acogida del don del amor que nos hace amar. El ser, desde sí mismo y por sí mismo y para sí mismo, se ha quebrado. No cuentan las obras. El patrono dará a los últimos el jornal inmerecido, que él tiene a bien (Mt 20, 1-15) y todo el esfuerzo del fariseo que busca su justicia, justificándose ante Dios y sobreponiéndose a los hombres, no logra encontrar la gracia (Lc 18, 9-14). El reino se lo regala el Padre únicamente a los pobres y a los pecadores que han llegado a ser tan pobres que ni siquiera se quieren justificar y tan sólo esperan el don de quien saben que les ama. No los justos, sino los pecadores (Mc 2, 17), no los sabios, sino los incultos (Mt 11, 25). Sólo los que como niños que siendo pequeños, desvalidos y egoístas se dejan querer y acoger (Mt 10, 14; 18, 3). Esta ternura de la acogida de los últimos, como único acceso para todos, cumple la vieja esperanza (Ez 34, 16; Is 29, 19; Sof 3-17) en este instante de gozo indiscifrabable (Mt 11, 25; Lc 10, 21). El esfuerzo de los fariseos y el de los zelotes, la integración y la revolución, desconocen la gracia, la única fuente desde donde la tierra puede convertirse en paraíso; es decir, en mesa compartida de gozo y de alabanza. Por eso Jesús dedica la mayor parte de su tiempo, a anunciar el evangelio a los pobres, testimoniándolo con la cercanía misericordiosa de su amistad.

7. *Recreando a los hombres desde dentro*

Los hombres, en la hora primera de la creación, fueron creados como imagen del Padre, para existir en obediencia a él y en servicio a los hermanos. Al cerrarse al amor, se esclavizaron con la esclavitud más honda que les desintegró. El pecado, nacido en el corazón del hombre, configuró todo su ser, se difundió en la comunidad y se constituyó como fuerza en el cosmos. Fue entonces cuando los hombres empezaron a padecer el dolor, síntoma y anticipación de la muerte. La fuerza del pecado, que parecía protagonizada y encabezada por Satanás, les estaba desintegrando en la esclavitud del dolor.

Jesús había visto de cerca al pueblo entero, a grandes y pequeños, a todos, doblarse bajo su peso. Como todos estaban existiendo en la profunda solidaridad del pecado, así también existían en la solidaridad del dolor, signo anticipado de la solidaridad en la desintegración radical y definitiva de la muerte. Por eso, su amor que, hecho gracia, liberaba del pecado, es al tiempo vida, que cura las heridas y libera el dolor. El salía continuamente por el camino al encuentro de los hermanos que sufrían por cualquier causa y ellos también se agolpaban viniendo a su encuentro. «A la puesta del sol, todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban y poniendo él las manos sobre cada uno de ellos, los curaba» (Lc 4, 40). «Curó a todos los enfermos para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8, 16-17).

La liberación del pecado en la acogida amorosa del Padre había reunido a los hermanos en la mesa común. Pero era necesario ultimarla, sobre todo en aquellos hermanos más pequeños, que habían de pasar a los primeros puestos de la mesa. Por eso en el camino Jesús se acerca a ellos y realiza en ellos sus milagros, como gestos escatológicos. No se trata de magia, ni de beneficencia. El profeta de Nazaret no es un curandero, ni un médico que cura las heridas del cuerpo de los hombres, dejándoles volver a su puesto en la vida, con un nuevo bienestar. Los milagros son los gestos de recrear al hombre por entero. Si al cerrarse su corazón al amor, se abrieron las heridas de su cuerpo, ahora, en esta aurora de la salvación, al abrirse el corazón al amor, las heridas del cuerpo sanarán. El paralítico fue descolgado por el techo en la casa humilde de Cafarnaún en donde Jesús se acogía. Su corazón estaba paralizado por la culpa. Ellos no lo sabían. «Hijo, tus pecados te son perdonados»... «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2, 1-12). El ciego nunca había visto la luz. Jesús le puso las manos sobre los ojos y se volvió ya viendo. Pues no sólo se le abrieron los ojos de la cara, sino también los del corazón. Se le abrieron cada vez más. «Ese hombre que se llama Jesús»... «Es un profeta...». «Creo, Señor» «y se postró ante él» (Jn 9, 1-38). Al atravesar la Decápolis, le sale al encuentro un hombre sordo, que además apenas podía hablar. Jesús le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua y le dijo: *Effetá*... Pero él ya no se callaba. Junto con la gente gritaba la aurora de la salvación aparecida en Jesús. «Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7, 31-37). Los hombres se rehacen de dentro a fuera, en todo su ser. Más bien que una curación es una recreación. Al curarse las heridas, se alcanza una nueva capacidad de comunión.

Jesús, al curar las heridas, responde a la fe de los que se acercan a él, esclavizados por el dolor. Le han reconocido como la mano

extendida de Dios. Por eso, después de este encuentro, algo importante cambia en su vida. En ocasiones marchan pero van anunciándole, pregonando sus obras. De algún modo, aun de lejos, le siguen en su anuncio del reino (p. e. Mt 9, 27-31; 20, 29-34; Mc 1, 42-45). Pero en ocasiones se unen a la fraternidad itinerante de Jesús, para compartir más de cerca la tarea de reunir la familia de entre la multitud y preparar la mesa común del reino (Lc 8, 1-3; Jn 5, 2-18; 9, 1-41). Y deteniéndose Jesús les llamó y dijo: ¿«Qué queréis que os haga?». Le dicen: «Señor, que se abran nuestros ojos». Y al momento recobraban la vista. Y le siguieron» (Mt 20, 34). «Y le seguían en el camino» (Mc 10, 52). «Y le seguían glorificando a Dios. Y todo el pueblo, viéndolo, dio alabanza a Dios» (Lc 18, 43). Los milagros, como gestos escatológicos de Jesús, son un don de la aurora de la salvación, que no sólo recrea a los hombres en cuerpo y espíritu, sino que los incorpora también a la fraternidad y los alienta a seguir el camino que avanza hacia el reino. Es decir, la recreación avanza desde el hombre a la comunidad y al universo. Esto es lo que intentan expresar, sobre todo, los relatos evangélicos sobre la expulsión de los demonios. «Entonces le presentaron un endemoniado ciego y mudo». Lo curó... Hablaba y reía... Y cuando los fariseos disputaban con qué fuerza lo hacía, él respondió: «Si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12, 28).

El mundo está esclavizado. Satanás aparece como su señor, que ejerce su señorío con poderes soberanos (Mt 12, 26; Lc 11, 8) y con un ejército de fuerzas (Lc 10, 19), enemigos que están destruyendo la creación. Jesús ve así las heridas de los hombres, en esta perspectiva. El mundo es una tierra esclavizada, los hombres son unos esclavos marcados por la destrucción. Están sin defensa alguna frente a estas fuerzas comunitarias y cósmicas. Las curaciones son una lucha por la liberación (Mc 3, 27; Lc 11, 21). «El les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10, 18). Cuando Jesús se acerca a los hombres marcados por las heridas, les está arrancando sus ataduras (Lc 13, 16). Está amaneciendo el tiempo de la salvación, un anticipo de la victoria final. Los poderes destructores del dolor, expresión anticipada de la muerte, han sido vencidos y aniquilados (cf. Ap 12, 7-9). Por eso los milagros no son gestos mágicos ni benéficos que dejan a la creación tal como estaba. Si la liberación del pecado irradiaba desde el corazón del hombre hasta la comunidad y hasta el universo, la liberación del dolor es también un acontecimiento personal, comunitario y cósmico. El señorío de Satanás ha sido quebrantado. La humanidad y la creación han sido reintegradas; más aún, recreadas hacia la plenitud.

8. *Para un mundo nuevo de libertad y de justicia*

El reino de Dios, que anuncia el profeta de Nazaret, es una comunión de amor, fundada por la misericordia entrañable del Padre, que implica una liberación de todas las esclavitudes, de la esclavitud entera. La liberación se inicia en el interior del hombre, abriéndole al amor y recreándole en su existencia. Ya la misma liberación del pecado y del dolor, llevan consigo la liberación de la comunidad y de la tierra. Pero Jesús, con su palabra y con su acción profética, para anunciar y testimoniar la llegada del reino se enfrenta además con las esclavitudes nacidas de la situación económica, social, política, cultural y religiosa. El recorre la tierra encadenada intentando poner su amor, que es su justicia, donde está la injusticia; su amor, que es la libertad, donde está la opresión; su amor, que es la verdad, donde está la mentira. El ha visto que el montaje de la tierra divide a los hombres entre ricos y pobres, poderosos y débiles, instruidos e incultos, piadosos e impíos. Recorre el campo de guerra por entre las trincheras.

Su lucha profética para la llegada del reino, le hace enfrentarse con los ricos, en favor de los pobres. El ama a los ricos y les quiere atestiguar la misericordia de su Padre. Les regala también la comunidad de mesa, para acogerles en su perdón e invitarles a compartir, abandonando su riqueza material o espiritual, que les hace encumbrarse sobre los hermanos, explotándoles y oprimiéndoles. Allí donde hay riquezas o piedad, los hombres se sienten seguros de sí y se cierran al mundo nuevo que inaugura el reino de Dios (Lc 12, 16-19). Jesús fija su mirada y ama al joven rico, invitándole a que acepte el reino y deje de ser rico, dando su riqueza a los pobres, pero él se marcha entristecido porque tenía muchos bienes (Mc 10, 17-22). Jesús acepta con amistad comer en casa de un fariseo, invitándole a acoger la misericordia, que se atestigua en la acogida de la pecadora arrepentida, pero él no quiere aceptar que Dios pueda derrochar su ternura con los malvados (Lc 7, 36-50). La estructura de la sociedad hace jugar a los poderosos (ancianos, sacerdotes, letrados y fariseos) el papel de la explotación, el dominio y la hipocresía. No pueden existir en la sociedad y en el mundo, si no es jugando este papel, que ellos llegan a legitimar con el culto y la ley. «Parece» que lo que les interesa es la justicia de Dios, pero «es» en realidad su posición la que están defendiendo. Jesús se enfrenta con ellos defendiendo la justicia de Dios en favor de los pequeños (Mt 23, 1-36; Lc 6, 24-26; 11, 37-54). El ataque va dirigido, sobre todo, contra los que legitiman la situación desde la ley, por la teoría (letrados) o por la práctica (fariseos). Jesús les acusa de estar robando a los pobres, de estar dominándoles con poder, de estar engañándoles. Y todo ello bajo la apariencia de cumplir la voluntad de Dios. Como ocurre en los sacerdotes del alto

clero, que, apoyados en la nobleza, han hecho del templo una red de negocios, desde donde se aprovechan del pueblo. La casa de oración se ha hecho una guarida de ladrones y comerciantes (Mc 11, 15-17), que ahora hay que purificar para cumplir la antigua promesa (Zac 14, 21).

La lucha profética de Jesús por su libertad, su justicia y su verdad, le hace también enfrentarse con los pobres, en favor del reino de Dios. Su anuncio y su denuncia no pretenden legitimar el orden establecido, ni tampoco la subversión revolucionaria, sino asentar la sociedad y el mundo sobre una base nueva: la justicia del reinado de Dios. Por eso su amor al pueblo de los pobres no es un gesto complaciente que apoye sin más su lucha y su reivindicación. Es más bien un gesto que también les desenmascara. También ellos buscan defender lo suyo, tener poder y dominar. Para ellos también vale la alternativa total: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). La multitud de la gente, a la que Jesús tanto amaba, se parece a la generación del diluvio (Mt 24, 37-39) y a los habitantes de Sodoma y Gomorra (Lc 17, 28-30). Su postura es la de la alegre despreocupación. Van viviendo: comen, beben, disfrutan y se encogen de hombros en esta hora. Lo peor es que se disculpan. «Se parecen a chiquillos que están sentados en la plaza y se gritan unos a otros, diciendo: «Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, os hemos entonado endechas y no habéis llorado. Porque vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decís: Tiene un demonio. Ha venido el Hijo del hombre que come y bebe y decís: ahí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Lc 7, 32-34). Por eso Jesús se lamenta por el pueblo de los pobres. No han acogido tampoco la gracia de la liberación (Mt 11, 20-24; Lc 10, 13-15).

Jesús se encuentra entre las trincheras, en medio de los frentes. No intenta legitimar el dominio de los poderosos, ni la revolución del pueblo de los pobres. A uno y a otros ama. Ciertamente de distinta manera. Pero su amor liberador le lleva a enfrentarse proféticamente con ellos en una denuncia que es el eco del anuncio. La brecha del reino no viene a dejar las cosas como están. Los fariseos hacían negocio con la moneda del imperio. Jesús les dice irónicamente que lo que preguntan, hace ya tiempo que lo han respondido y lo están haciendo. Que lo hagan si la moneda lleva la imagen del emperador. Pero ellos son la imagen del Padre y a él sólo se deben (Mc 12, 13-17). Sólo la entrega confiada y decidida al reino de la libertad para afrontar la transformación de la tierra. Los que así se entregan, tendrán que renunciar al derecho (Mt 5, 38) y al poder (Mc 10, 42-45). Acogiendo el amor misericordioso del Padre, tendrán que amar y acoger a los enemigos, para encontrarse juntos en la mesa. Pero con esta sumisión se implica la resistencia. La entrega gratuita a los

enemigos, es lo que mejor capacita para afrontar en la historia la tarea, la liberación del reino y su justicia. La fraternidad que ha llegado a ser libre para no resistir, puede resistir sin angustia y sin resentimiento. Siente tener que resistir y luchar, pero lo ha de hacer con aquel amor, que afronta la injusticia desde la justicia, la opresión desde la libertad y la mentira desde la verdad. Jesús mismo, al avanzar por la tierra encadenada, ha recorrido decididamente el camino del amor a los enemigos, pero ha reconocido también que el reino exige la resistencia y la lucha, nacidas del amor (Lc 22, 35-38; Jn 18, 22-23). Se trata sin más de la incidencia histórica de las bienaventuranzas. Es decir, de la trasfiguración de la sociedad y el mundo desde el amor escatológico, que es pobre y sufrido, que trabaja por la paz con hambre y sed de la justicia, que da el corazón a los pequeños y a los enemigos y que, a cuenta de ello, es perseguido y maltratado (Mt 10, 17-25).

9. *En la pascua de la liberación*

El camino de Jesús era una provocación. El mismo en su persona era un gesto de gracia, y, al caminar, su propósito era crear la comunión de la gracia para iniciar y ultimar la liberación de la gracia. En el camino la gracia se hace servicio (Mc 10, 35-45) y este servicio conduce a la muerte (cf. Mt 5, 10). El ofrecía la gracia para que el hombre la acogiera y saliera de sí haciéndose hijo y hermano. Pero este éxodo llevaba consigo, al tiempo, el éxodo de la sociedad, del mundo y de la historia. Con la liberación de la culpa y del dolor, se avanzaba en la liberación de la injusticia, de la opresión y de la mentira. Jesús, en su gesto de gracia, ponía en juego radicalmente al orden establecido porque ponía en juego radicalmente al hombre. Pronto vio que su camino iba siendo acorralado y contó pronto con la muerte violenta, como el último destino de los siervos, los profetas (cf. Mt 9, 31; 8, 31; 10, 33 s). «Dios entregará pronto al hombre a los hombres» (Mc 9, 31 s).

El pueblo entero le entregó. «Ellos» le entregaron. Efectivamente, le entregaron «los judíos» por mano de los impíos (Hech 2, 23; 4, 10; 5, 30; 7, 52; 10, 29; 10, 39; cf. 1 Tes 2, 14 s). Le entregaron los sacerdotes y los saduceos, la nobleza sacerdotal y laical, porque temían que su gesto profético alentara un movimiento mesiánico, que les haría perder su puesto. Pero le entregaron también los letrados y los sacerdotes, que asistieron a la condena. El anuncio del evangelio ponía también en juego su puesto social y su existencia personal que se basaba en la ley, como fundamento de autosuficiencia y predominio. El sanedrín lo entrega a Pilato (Mc 15, 1) y éste a los verdugos

(Mc 15, 15). Tiberio había abandonado poco antes su postura antijudía y por ello Pilato actúa con la corrección jurídica, que le permita ganarse a los dirigentes judíos. También el pueblo de los pobres, hostigado por ellos, gritó por su sangre (Mc 15, 11-13). De todas formas, también a ellos les defraudó, les desenmascaró y les sacó de su sitio. Pero hasta los mismos discípulos quedan defraudados. Le siguieron, pero esperaban otra cosa. Pedro le reprochó el camino (Mc 8, 33; Mt 16, 23) Judas le traicionó (Mc 14, 10 s. 17.21.43-45). Parece como si todos sintieran dentro de sí el peso de la traición (Mc 14, 19; Mt 26, 22) y de hecho prácticamente todos al final le abandonaron. Le entregaron todos, los hombres en cuanto hombres. El hombre pretende afirmarse con la ayuda de Dios. En los discípulos no ha desaparecido «este hombre», aun cuando en cada paso del seguimiento se vaya abandonando (Mc 8, 34 s). Los hombres o tienen que abandonar a Jesús o abandonarse a sí mismos. Por eso, en la disyuntiva, prefieren eliminarle y colgarle del madero. Pero con esto no hemos ultimado el gesto de la pascua.

En realidad fue el Padre quien le entregó. «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres. Le matarán» (Mc 9, 31). Los relatos de la pasión presentan un acontecimiento, que es una historia bajo el designio del Padre. Los actores de esta historia, aun sin perder su culpabilidad y responsabilidad, están sostenidos por las manos del Padre. Fue El, en efecto, quien apoyó sus brazos cuando colgaron del madero al Ungido. Este hecho último es el que expresa el relato de la pasión cuando se entreteje con las palabras de «la escritura», promesa, que ahora se cumple (Zac 9, 9; Is 56, 7; Sal 41; Ex 24, 8; Sal 43, 5; Sal 31, 14; Zac 11, 12; Is 50, 6; Sal 69, 22; 22, 19; Is 53, 12; Sal 22; 31, 6). Era necesario que el Cristo padeciera. «Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las escrituras» (Lc 24, 26 s). El Padre para realizar por entero el proyecto amoroso de su reino le entregó a él «por nosotros», «en vez de nosotros». «No perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros» (Rom 8, 32; cf. 2 Cor 5, 14-21). «Fue entregado por nuestros pecados» (Rom 4, 25; cf. Is 53, 6). Por eso, hecho pecado por nosotros, muere como un maldito, abandonado del Padre. «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). Parece que muere como un malhechor, como un criminal que es condenado por los que detentan el orden establecido, a causa de un delito político. Pero si fue posible que los hombres le malentendieran, le maltrataran y le dieran muerte fue porque el Padre le puso en sus manos, consintiendo en que muriera por la humanidad y el universo para atestiguarles el amor soberano de su reino (Jn 3, 16; 1 Jn 4, 9).

El Padre nos lo entregó. Nosotros lo entregamos. Y entre las manos del Padre y las nuestras, que le colgaron del madero, él mismo se entregó a sí mismo. Así su gesto de amor y de gracia se adentraba en la última esclavitud de la muerte para romper definitivamente sus cadenas. El mismo «se entregó» en manos de los hermanos. El inició la pro-vocación profética contra los jefes del pueblo. El mismo pasó la raya, que el juego inmanente de la historia no permite pasar, sin caer bajo la maldición de la muerte (Jn 11, 45-50). El mismo se entregó en las manos del Padre, como siervo obediente, para que el Padre manifestara su amor en el testimonio de su sangre, entregada como expiación en inmolación de representación. «¡Abba, Padre...! Aparta de mi esta copa, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú» (Mc 14, 36). Este había sido el gesto último de su vida: «Padre, aquí estoy por ellos». El gesto del siervo humilde, obediente y entregado. Se comprendía a sí mismo desde Is 53 (Mc 9, 12; 9, 31; 10, 45; 14, 8-24; Lc 11, 22; 22, 37; 23, 34a, etc.). El se sentía enviado por el Padre para servir y dar la vida en rescate por muchos. Por eso «se entregó a sí mismo» (Gál 2, 20; cf. Ef 5, 2.25) «hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). El ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo. El ha renunciado al tener, al poder y al saber. Su único gesto es la entrega exhaustiva al Padre por los hermanos: la obediencia de inmolación para alabanza de gloria. Por eso en su rostro ha aparecido la gracia abismal del Padre, que arranca las últimas cadenas. «Padre a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46). «Todo está cumplido» (Jn 19, 30). Entonces un hombre del mundo de los pueblos, testigo de la humanidad y del universo proclama la confesión de fe. «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (Mc 15, 39).

Pero el Padre completa el último gesto de su amor. «A Jesús, el nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio, entre vosotros... a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por manos de los impíos. A éste Dios le resucitó... Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien habéis crucificado» (Hech 2, 22-24.36). Esta fue la sorpresa grande de sus discípulos. «No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado? No está aquí» (Mc 16, 6). «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). «Los ojos se abren, al partir el pan; irradia destellos una luz celestial; hay una figura junto al lago al alborar la mañana. Aparece Jesús inopinadamente, entrando en un recinto sagrado... He aquí los rasgos en los que se está expresando la tradición más antigua. Este mismo claroscuro misterioso se cierne sobre las descripciones más antiguas de la reacción de los testigos.

Unas veces no conocen al Resucitado, otras veces les ciega su resplandor celestial, otras veces creen que están viendo a un fantasma. El temor y el miedo, la inseguridad y la duda pugnan con el gozo y la adoración. «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Tú, quién eres?» porque bien sabían que era el Señor» (Jn 21, 12). «Y cuando le vieron, le adoraron, aunque algunos se quedaron indecisos» (Mt 28, 17). Se dice sin miramientos: «(Sencillamente), no podían acabar de creer de pura alegría» (Lc 24, 41) (Jeremias, *TNT*, 350 s).

El Padre le ha resucitado de entre los muertos y le ha hecho entrar en su gloria, sentándolo a su derecha. Aquellos hombres no habían conocido jamás, ni creían poder ver con sus ojos, una «resurrección en gloria», como acontecimiento de este mundo. Este es el gran signo del comienzo de la creación nueva. El Padre le ha devuelto a la vida y le ha entronizado, junto a él, en el señorío. «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). Al que fue hecho obediente por nosotros, hasta la muerte y muerte de cruz, el Padre «lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en los cielos y en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesús Cristo es el Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 9-10; cf. Jn 3, 14; 12, 32, 34; Hech 2, 33; 5, 30-31; Heb 1, 3-13; 8, 1; 1 Pe 3, 22). Jesús, el Señor, ha iniciado en su pascua el reinado de Dios. «Conviene que él reine, hasta que ponga a sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte... Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a aquél, que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 25-28).

Ahora se ha iniciado ya la consumación de la liberación. La esclavitud ha sido esclavizada. El reino se ha concentrado y corporeizado en él, con los suyos que le siguen por los caminos hacia los cielos nuevos y la tierra nueva. El «evangelio del reino» será ahora el «evangelio de Cristo». «Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día, según las escrituras» (1 Cor 15, 3-4). Jesús, el Señor, él es la gracia que nos ha liberado del pecado; él es la vida que nos ha liberado del dolor; él es la justicia que nos ha liberado de la injusticia; él es la libertad que nos ha liberado de la mentira; él es la resurrección que nos ha liberado de la muerte. Jesús, el Señor, es nuestra liberación. Por ello él ha iniciado la plenitud de la comunión, él ha anticipado el reino. Ha comenzado ya el fin. La resurrección de él que da origen a la resurrección de los suyos y del universo, es el anticipo de la creación nueva. «El es las primicias de los que durmieron» (1 Cor 15, 20). «El primogénito de los muertos» (Col 1, 18; Ap 1, 5). En torno a él, a través de sus manos, la nada de la vieja creación, se ha convertido en la vida de la nueva. Ahora, al recibir el aliento del Espíritu (Jn 20, 22; Hech 2, 1-36), los

hombres se han empezado a convertir en hijos y hermanos, en la familia de la nueva humanidad; y el universo de los cielos y de la tierra se ha empezado a convertir en la mesa compartida de la libertad, la justicia y la paz, donde pueden compartir todos, siendo los pobres los primeros (I Cor 1, 26-31; Hech 2, 42-44; 4, 32-35). Estamos en la aurora de la creación. A esta familia de los hermanos, el Señor le encomienda continuar su obra irradiándola a la historia entera, hasta que él vuelva. «Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15), «a todos los pueblos» (Mt 28-19) «hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8). «Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Ahora acabamos de ver el camino, que es el mismo Señor (Jn 14, 6), «el camino nuevo y vivo abierto por él para nosotros» (Heb 10, 20). Es el Hijo amado del Padre, el encarnado en el pesebre, el que pasó haciendo el bien, el crucificado por el amor, el resucitado para inaugurar la vida, el Señor que va delante de nosotros, encabezándonos en su iglesia para avanzar el reino, el que vendrá a consumarlo para entregarlo al Padre, cuando por fin nos sentemos a la mesa, secadas las lágrimas de nuestros ojos. Ahora sí que no podemos preguntarle cuál es y por dónde va el camino. El camino es él mismo en sus huellas. Parte de la entrega obediente al Padre (*contemplación*), baja después a las partes más bajas de la tierra, entre los últimos de los pobres (*encarnación*), avanza empezando a reunir los hermanos a compartir el pan (*comunión*), avanza hacia adelante en el don y la tarea de arrancar todas las cadenas, de la primera a la última, empalmadas todas ellas (*liberación*), se adentra en el gesto supremo de la gratitud, que es el paso a la vida por la muerte en el madero (*pascua*), y se abre así el acceso definitivo a la mesa de las bodas, donde ya sólo quedará el gozo y la alabanza del Amor (*plenitud de la comunión*). En cada momento de la historia, con la fuerza poderosa de su Espíritu, sus hermanos han de continuar esta aventura con gestos distintos, pero habrán de pisar siempre sobre sus pisadas, que iniciaron, avanzan y consumarán el reino de Dios. Pero ¿cómo habrán de vivir para seguirlas?

II. LA IGLESIA DEL SEÑOR DETRAS DE SUS PASOS

La pascua fue el anticipo definitivo del reino. El Padre le resucitó de entre los muertos, le sentó a su derecha, poniéndole en la cabeza nuestra. El, no se ha ido para desentenderse de este mundo, sino que va delante de nosotros, como cabeza nuestra, para que nosotros miembros de su cuerpo, con la misma fuerza de su Espíritu, le sigamos compartiendo con él los caminos del reino. El camino que

atravesaba Galilea, se continúa ahora atravesando la creación y la historia entera.

1. *El Señor a la cabeza del universo en la iglesia*

«Que el Dios de nuestro Señor Jesús Cristo, el Padre de la gloria, os conceda el espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente; iluminando los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados por él; cuál es la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos, por encima de todo principado, potestad, fuerza, dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo, sino también en el venidero. Todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza de todo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1, 17-23).

Efectivamente, él había hecho presente el reino por los caminos con su palabra y con sus gestos, sobre todo con su persona. Pero en su pascua fue entronizado en gloria. Fue entronizado sobre el universo, que se estaba convirtiendo en casa común. «Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesús Cristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 10-11). Fue entronizado sobre la familia de sus hermanos, como primogénito. «El es también la cabeza del cuerpo, de la iglesia» (Col 1, 18). El Padre lo puso como cabeza de la casa del universo de los cielos y de la tierra, haciéndole cabeza y primogénito de la familia de los hermanos, para llevar todo a su plenitud (Ef 1, 22-23). Ahora él, como Señor va delante de sus hermanos, compartiendo con ellos la tarea de reunir por entero a la familia de los hijos y de construir por entero la casa común, bajo su cabeza. Avanza por la historia hacia la consumación. Cuando se ve a fondo esta «asamblea del Señor», que sigue sus pasos, parece en efecto que ésta es la familia que empezó a reunirse con la promesa hecha a Abrahán, que fue arrancada de la esclavitud y encaminada en la ley hacia la tierra de la herencia, por manos de Moisés. Es aquella misma familia que ha llegado a su verdad y plenitud. La iglesia es el «Israel de Dios», el «verdadero Israel» (Mateo), el «nuevo pueblo» de Dios (Pablo). El Señor, por ser el Hijo del Padre, es la simiente de Abrahán, el nuevo Moisés. Pero si nos adentramos más aún en su rostro, parece que esta familia no sólo incorpora y rehace al pueblo, que empezó en Abrahán, sino a la humanidad que empezó con Adán. El Señor, por ser el

Hijo del Padre, es el nuevo Adán, el hombre nuevo, que encabeza la nueva humanidad para la nueva creación (Rom 5, 12-21; 1 Cor 15, 21-22.44-49). Esta familia de hermanos es su cuerpo, en el que no sólo se reintegra, sino que se recrea la humanidad, para que se recree la creación. El es la plenitud plenificada del Padre (Col 1, 19; 2, 9) que ha plenificado a su iglesia, plenitud plenificada y plenificante, para que lleve el universo a su plenitud (Ef 1, 25).

Jesús, el Señor, el Primogénito, va delante reuniendo a la familia de los hermanos. La iglesia es donde acontece el reino, que se nos dio en Jesús, el que caminó por los caminos y el que ahora está entronizado delante de nosotros. Es el reino escatológico del Hijo del hombre (Mt 16, 28; 20, 21). El es el que la ha sembrado en el mundo como el sembrador siembra la semilla (Mt 13, 3-23), el que la ha reunido como la red reúne los peces en el mar (Mt 13, 47-50), el que, teniendo en sus manos todo el señorío sobre los cielos y la tierra, la reunirá de todos los pueblos por manos de sus apóstoles, en los que él actúa presente hasta la consumación de los tiempos (Mt 28, 18-20). A todos quiere reunir en su familia. A ella vienen los samaritanos (Jn 4, 26 s), a ella vienen los gentiles (Jn 12, 12 s). Pues Jesús tenía que morir por el pueblo, «y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 10, 16). «También tengo otras ovejas, que no son de este redil; a éstas tengo que guiarlas también y escucharán mi voz y se hará un solo rebaño, un solo pastor» (Jn 10, 16). Es la fraternidad única, abierta, universal. Por eso, el mismo Señor, con la fuerza del Espíritu, por manos de sus apóstoles va reuniendo en su reino a la familia de hermanos, de entre todos los pueblos, por la tierra entera (Hech 1, 7-8). El mismo siembra la *ecumene* de pequeñas fraternidades, abriéndose camino por Palestina (Hech 8, 4-11.18; 21, 27; 23, 30; 23, 31; 26, 32), Grecia (Hech 15, 40; 18, 22), Asia Menor (Hech 18, 23; 21, 7) hasta Roma, el centro del imperio (Hech 27, 1-28; 28) para irradiar desde allí. Pablo continuará allí predicando con valentía el reino de Dios, iniciado en el Señor Jesús Cristo (Hech 28, 31). Reunir a todos los hijos dispersos por el mundo, allegándolos a sí con la fuerza del Espíritu en la familia de la iglesia y adentrándolos en su comunión con el Padre, es la tarea del Señor que va delante. «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti; que ellos también lo sean en nosotros» (Jn 17, 21).

Jesús, el Señor, el Primogénito, va delante construyendo en el universo la mesa compartida del reino, mediante la familia de sus hermanos. El quiere que sus hermanos sean todos uno, en la unidad del amor, para que este amor suyo alcance al mundo. «Yo en ellos y tú en mí para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado» (Jn 17, 23). En la familia de sus hermanos reunida en torno a la mesa, se oyen los gemidos de la creación. «La creación, en

efecto, fue sometida a la vanidad» (Rom 8, 20). Era la casa común, que la familia humana, en obediencia al Creador, había de dominar y construir. Pero la humanidad, encabezada por el hombre primero, al romper la comunión con el Padre, por la desobediencia, rompió la comunión con los hermanos por la opresión, y la creación entera fue sometida a la injusticia de la esclavitud. Por eso «la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rom 8, 22). Su grito por la liberación, espera que aparezca en medio de ella la familia de los hijos de Dios, el hogar de la libertad y de la comunión, para poder participar en él y recrearse en él. Por eso la nueva humanidad del hombre nuevo ha de compartir la tarea de transformar el mundo en nueva creación, avanzando en él la tarea de realizar el don de la mesa compartida. El Señor es el *cosmocrátor* designado y entronizado para arrancar todas las esclavitudes de la tierra encadenada, incluso la esclavitud última de la muerte. Arrancadas las cadenas y convertido el universo en la nueva mesa del reino, el Hijo lo pondrá en manos del Padre, para que su amor sea todo en todo (1 Cor 15, 21-28) para alabanza de gloria del Padre. «Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Y oí una voz que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará todas las lágrimas de sus ojos y no habrá ya ni muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21, 1, 3-4). Es la mesa de las bodas del Hijo en el colmo de la alegría. Es la acogida de la consumación, la entrada del retorno, la plenitud de la comunión. El Señor con sus hermanos ha realizado su reino para gloria del Padre (Flp 2, 11) «A él la gloria por los siglos. Amén» (Rom 10, 36; Flp 4, 20; Ef 3, 21).

2. *Una gran familia de hermanos*

Cuando los hombres se dejan acoger por el amor del Padre, que Jesús manifiesta y entrega, se hacen hijos y hermanos en él. «A todos los que le recibieron les dió poder de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1, 12). Esta es la comunión originaria y constituyente de la iglesia. «Habéis sido llamados a la comunión con su Hijo Jesús Cristo» (1 Cor 1, 9). Que «nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesús Cristo» (1 Jn 1, 3). El grupo de creyentes que Jesús fue reuniendo por el camino, el que después congregó y alentó con su pascua, para que por siempre compartiera con él los caminos del reino, es en realidad, una familia de hermanos. Es la «iglesia en Dios Padre y en el Señor Jesús Cristo» (1 Tes 1, 1), la «iglesia-en-familia».

El que reúne a esta familia es el «Padre nuestro» (Mt 6, 9-13). «Uno solo es vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23, 9). Pero este Padre es nuestro, porque es el Padre de Jesús, el primogénito. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús Cristo» (Ef 1, 3). Es Jesús, quien ha compartido con nosotros su filiación y por eso hemos sido acogidos como hijos entre los brazos de su Padre. Por eso la comunidad confiesa que tiene «un solo Dios y Padre de todos» (Ef 4, 6). Este Padre está en medio de todos, sobrepasa a todos y abarca a todos. El Padre ha reunido a la familia de sus hijos por manos de Jesús, su Hijo primogénito, entregado por nosotros como Cristo y entronizado sobre nosotros como Señor. El es el rostro del Padre, sus brazos extendidos y abiertos para darnos su amor. Nos ha elegido en él, para ser hijos por medio de él, hacia él. Se nos ha dado en gracia en él, que es el Hijo amado (Ef 1, 4-7) y él se ha dado a nosotros para adentrarnos en abrazo común hacia el Padre. «Quiero que donde estoy yo, estén también ellos conmigo...» «para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 24-26). Ha sido, pues, Jesús, en su entrega pascual el que nos ha dado su amor, reuniéndonos en su fraternidad (Hech 2, 23 s; 3, 13 s; 5, 30 s; 10, 39 s; 13, 26 s). Así el abrazo de amor que el Padre daba al Hijo y el Hijo daba al Padre desde siempre nos lo ha alcanzado a nosotros. El Padre nos ha amado por el Hijo mayor, con el mismo Espíritu, para que nosotros, incorporados al Hijo, le amemos a él, por el Hijo, con el Hijo y en el Hijo, en la unidad del Espíritu santo. El Espíritu del Padre, que es el Espíritu de Jesús, ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5) y se ha convertido en el Espíritu de nuestra filiación (Rom 8, 15). La iglesia es la «familia de Dios»; es decir, la familia que reúne el Padre, por manos de Jesús, el Hijo mayor, en la unidad del Espíritu del amor. «La gracia del Señor Jesús Cristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu santo sean con todos vosotros» (2 Cor 13, 13).

La iglesia, familia de hijos, es por ello, familia de hermanos. «No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien habéis recibido un Espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡*Abba*, Padre! Es el mismo Espíritu, el que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom 8, 15-16). El *Abba* de Jesús ha sido puesto en nuestros labios, porque su Espíritu de filiación, ha sido compartido a las entrañas mismas de nuestro ser. La iglesia es una familia de hijos en el Hijo (Mc 3, 31-35). Comulgamos con el Hijo en el mismo Espíritu y esta comunión se hace configuración. «Nos predestinó a configurarnos con la imagen de su Hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29; 2 Cor 3, 17-18; 1 Cor 15, 49). Esta incorporación al Primogénito nos da la libertad, en mayoría de edad para alcanzar la plenitud de la

herencia (Gál 4, 1-7). La libertad es para la comunión fraternal en el amor (Gál 5, 13-14). Los hijos son de suyo al tiempo hermanos. La fraternidad es el don mismo de la filiación compartida en el Hijo. Por eso la iglesia es una familia de hermanos en el Hermano. En esta fraternidad se rompen desde los cimientos todas las barreras. Los hombres en el mundo están divididos por los muros de la situación económica, social y política, por los muros de la cultura y de la religiosidad, por los muros del sexo y del color de la cara. Pero cuando en la fe, sellados por el bautismo, se dejan acoger por el Padre, entre los brazos de Jesús, con la fuerza poderosa de su Espíritu, su consistencia no es más que el don del amor, que por debajo de su puesto social e incluso por debajo de su clausura existencial, les ha hecho comulgar en la filiación y en la fraternidad del Primogénito. «En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo; ya no hay judío ni griego, libre ni esclavo, hombre ni mujer, ya que sois todos uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 27-28). Es la fraternidad del hombre nuevo, donde se está recreando ya la humanidad para recrear la creación (Ef 4, 22-24; Col 3, 9-10). La familia que se ha reunido en torno a Jesús es la comunidad escatológica, donde se anticipa e irradia el reino.

Pero se trata de una «familia grande». Cuando Jesús recorría los caminos, muchos intentaban también reunir el pueblo santo de Dios, preparándolo para los últimos tiempos. Fueron sobre todo los fariseos, en medio del mundo, y los esenios, retirados al desierto, los que intentan reunir al «resto santo». Era el pequeño grupo de los que se entregaban al cumplimiento de la ley, hasta en sus observaciones rituales más pequeñas y se hacían dignos de este modo de tomar parte en el pueblo de Dios. Las comunidades de los fariseos y esenios, como también todas las comunidades religiosas con sentido escatológico, eran un «resto cerrado». Jesús llamó precisamente a los hombres, que las comunidades del resto habían rechazado: a los pobres, a los paralíticos, a los ciegos, a los pecadores (Lc 14, 13-21; Mt 6, 1-18). Poco antes de que Jesús emprendiera los caminos, el Bautista intentó reunir al pueblo de Dios en un «resto abierto». Rechaza los privilegios de Israel, que le hacen situarse por encima de los pueblos (Mt 3, 9). Y llama incluso a los pecadores que están dispuestos a la conversión (Lc 3, 12-14; 7, 29 s). Pero el Bautista acepta a los pecadores, después que se han arrepentido. Jesús en cambio ofrece a todos y sobre todo a los pobres y a los pecadores, el perdón de la gracia antes de que se arrepientan (Lc 19, 1-10). La comunidad de Jesús es una familia grande, abierta de par en par, dispuesta a acoger a la multitud y al universo. En Jesús se presenta la gracia desmedida e incondicional del Padre que acoge en su misericordia entrañable a todos. Por eso su comunidad es la fraternidad de la acogida desmedida e incondicional.

Jesús no pretende reunir una comunidad cerrada, un resto cerrado o abierto. El ha recorrido y recorre los caminos, para reunir en la unidad de la comunión de amor a todos los hijos dispersos por el mundo (Jn 11, 51 s). Todos están invitados al banquete. Las manos están abiertas de par en par a todos los hombres, al universo entero. Sólo el Padre, el último día, separará de la mesa a los que no se dieron al amor, y se negaron a compartir con los hermanos, sobre todo con los pequeños. Ahora, mientras el Señor va recorriendo los caminos de la historia, está la mesa puesta, la luz prendida y la puerta abierta.

3. *En torno a la mesa*

La iglesia del Señor ha de recorrer sus mismas huellas, tras él, hasta que él reúna a todos los hermanos y prepare la mesa compartida en el reino del Padre. Los gestos históricos serán distintos según sea el puesto en el mundo y en la historia de cada comunidad. En cada instante el Señor, en el Espíritu, hace alumbrar creadoramente sus mismos gestos de manera nueva y multiforme. Pero las huellas fundamentales de su paso estarán marcadas en el camino, ayer, hoy y por los siglos. Logramos atisbarlas antes. El partió de su obediente acogida del amor del Padre (contemplación), bajó a las partes más bajas de la tierra (encarnación), empezó a poner la mesa para compartir (comunión), desde donde continuará el camino arrancando todas las cadenas del hombre, de la comunidad y de la tierra (liberación). Este caminar le adentró en la entrega última del amor (pascua) y abrió así la puerta hacia la mesa definitiva en la casa del Padre (plenitud de la comunión). La fraternidad de Jesús no tiene otro camino. «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 5).

La acogida del amor se realiza, sobre todo, en torno a la mesa que preside Jesús en el puesto del Padre, dándonos, entre sus manos el fuego vivo del Espíritu. «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hech 2, 24). Los hermanos se reúnen en sus casas humildes, en «la iglesia-en-familia». No tienen templos ni edificios públicos. Sus encuentros fraternales y su vida diaria empalman estrechamente. En la reunión el apóstol proclama el evangelio. Esta es la «enseñanza de los apóstoles». El «evangelio del reino» (Mt 4, 23; 9, 35; 24, 14) se ha convertido en el «evangelio de Cristo» (1 Cor 15, 3). Es «el evangelio de Jesús» (Hech 8, 35). Lo que sobre todo hace el apóstol es anunciar a Jesús, el Cristo (Hech 5, 42; 8, 5) y Señor (Hech 11, 20) en la entrega suprema de su misterio pascual. Pero en realidad, en la palabra del evangelio es Jesús, quien se anuncia y se da a sí mismo. El Cristo, que

es el Hijo, reúne a los hermanos en torno a la mesa, como anticipo y preparación del reino, y les anuncia la justicia, la liberación, la reconciliación, la filiación y la fraternidad. El mismo es el evangelio del reino porque lo inicia y realiza en su persona y en su obra. Por eso en el «evangelio de Cristo» él es a la vez el sujeto y el objeto, el portavoz y el mensaje, el dador y el don. Por eso en esta palabra del Señor, anunciada en la enseñanza de los apóstoles, se da él mismo a los hermanos en su Espíritu. La palabra es al tiempo la «enseñanza del Señor» (Hech 13, 12), en la «enseñanza de los apóstoles» (Hech 2, 42; cf. 5, 28; 17, 9-19). Es una palabra en la que se expresa y se da el Espíritu y por esto se enciende con ella el Espíritu en la comunidad (Hech 10, 44 s; 11, 15; 13, 52). Al tiempo que llama y convoca, comparte y alienta. «La palabra de la escucha de Dios», «está actuando en vosotros los que creéis» (1 Tes 2, 13). En el evangelio, don del amor del Espíritu, se recrea la fraternidad para irradiar el reino a la creación, por los caminos del compromiso. Así se comprende que el evangelio sea el cimiento para la edificación en profundidad de la familia y del hogar de la iglesia (1 Cor 3, 11). La fraternidad de Jesús vive de su amor, entregada en la palabra y, sobre todo, en la cena.

«Acudían asiduamente... a la fracción del pan...» «Partían el pan en las casas» (Hech 2, 42-46). El Señor, para entregarse por entero a nosotros, quiso escoger el signo de la cena como señal visible del don invisible y anticipado del reino (1 Cor 11, 17-34). Los hermanos están alrededor de la mesa, pero a la cabecera, presidiéndola, está Jesús, el Señor. El hace las veces del padre de familia, que por ser el servidor, entregado a todos, ocupa en la mesa de cenar el puesto de la presidencia, como cabeza de sus hijos. Allí la mesa es la «mesa del Señor» (1 Cor 10, 21 b), la cena es «la cena del Señor» (1 Cor 11, 20), la copa es «la copa del Señor» (1 Cor 10, 21a; 11, 27). El que está sentado a la mesa, entronizado, es el resucitado que lleva en su cuerpo las marcas de la cruz, más aún, que entrega en sus manos todos los gestos de su entrega ultimados en el gesto de la pascua. En el pan y en la copa el Señor entrega todo el amor de la alianza del Padre en el don total de sí mismo, en el gesto de inmolación en representación, que expresa y da el colmo del amor. «El Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: “Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía”. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebierais, hacedlo en memoria mía” (1 Cor 11, 23-25). El don del pan y de la copa es su Espíritu. «El Señor es el Espíritu» (2 Cor 3, 17). Ahora en la cena, al darse a sí mismo nos da el Espíritu en la plenitud. Los hermanos nunca pueden encontrarse con su amor en mayor totalidad, ni acogerlo con mayor hondura, que cuando se sientan en la mesa a partir el pan.

En el «alimento espiritual» y en la «bebida espiritual» (1 Cor 10, 3; 12, 13), lo que se recibe y se acoge es el Espíritu que nos reúne e incorpora al Señor en su fraternidad y nos alienta a irradiarla a la creación hasta que se consume su reino cuando él vuelva (1 Cor 11, 26).

La respuesta al don del amor de Padre, que se nos da por manos de Jesús en la palabra y en el pan, que compartimos en la mesa, es la entrega del Señor en la obediencia de la fe (2 Cor 8, 4; 9, 13; 10, 5; Rom 1, 5; 15, 18). Y la actualización viva de la fe es la oración. «Acudían asiduamente... a las oraciones». Cuando el Espíritu del Señor se ha compartido con los hermanos, entonces verdaderamente es cuando gritan al Padre: «*Abba*, Padre». «Venga tu reino. Hágase tu voluntad» (Mt 6, 9-10). Es la respuesta al amor inmenso, a la misericordia entrañable, a la ternura desmedida del Padre que nos ha iluminado en el rostro de Cristo (2 Cor 4, 6). Por él, con él y en él, en la misma comunión de su Espíritu, con gemidos inenarrables gritan el *Abba* y suplicamos la plegaria central de toda la oración: «Venga tu reino». *Marana tha*. «Ven, Señor, no tardes ya» (1 Cor 16, 22; Ap 22, 20). Es la súplica para que el Padre de bondad reúna a todos los hijos en la mesa de reino, dando a los pequeños el primer lugar. La comunidad de los hermanos se dispone así a la total entrega al don y a la exigencia del Señor. «Hágase». Después se podrá compartir y salir a los caminos con un trozo de pan para mañana y un corazón grande para perdonar, seguros de que el Padre no nos abandonará de su mano, cuando tengamos que atravesar los dolores mesiánicos, que anticipan la llegada del reino. Este es el aliento central de la oración comunitaria que después se puede realizar de muchas maneras. Con los salmos entre las manos, compartiendo comunitariamente la escucha o en el silencio del corazón. Pretendiendo la oración continua, la acción de gracias ininterrumpida. «Perseverantes en la oración» (Rom 12, 12; Hech 1, 14), «siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6, 18). «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesús Cristo» (Ef 5, 19-20). La fraternidad de la escucha de la palabra y de la fracción del pan es la «comunidad contemplativa» de la acogida humilde y continua del amor en la oración permanente de la obediencia y el agradecimiento.

4. *Todo lo tenían en común*

Cuando se acoge el amor del Señor, se siente la necesidad de compartir con los más pobres, desde los más pobres. La comunidad está llamada a vivir su comunión desde la encarnación y a convertir su

encarnación en comunión. Para las primeras fraternidades no había problema de encarnación; es decir de «desclasarse», de despojarse y vaciarse. El Señor en verdad se había escogido un pueblo humilde (Sof 2, 3), había elegido «a los pobres según el mundo» ...para hacerlos «herederos del reino, que prometió a los que le aman» (Sant 2, 5). Las comunidades estaban situadas en las aldeas de los campos y en los suburbios de las ciudades y se componían, en su mayor parte, del desecho de la sociedad. El crucificado Señor de la gloria había sentado en su mesa a los pequeños. «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza. Más bien ha escogido Dios lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo lo ha escogido Dios, lo que no es, para desarticular en nada a lo que es» (1 Cor 1, 26-28). Sin embargo los hermanos han experimentado la gracia de nuestro Señor Jesús Cristo, que siendo rico se hizo pobre por amor nuestro para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8, 9). Por ello, aun siendo pobres han de vivir la dinámica del compartir, desde los pobres y hacia los pobres. Desde la encarnación intentarán vivir la comunión.

El camino arranca siempre de la mesa, en donde el Señor parte su pan. Allí se funda la comunión (*koinonía*) (Hech 2, 42). En primer lugar la comunidad de vida. «La multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma» (Hech 4, 32). En la mesa, los hermanos con las manos abiertas acogen el amor, que se les entrega. La comunión de vida fraternal no ha nacido por iniciativa suya. No es un acontecimiento inmanente y horizontal. Sólo son hermanos por ser hijos y sólo son hijos por el don de sí mismo, su Espíritu, que el Hijo les ha entregado. «Por Cristo». Nosotros acogemos el don de la comunión en sus mismas manos. Entre sus mismas manos. La preposición «por» (*diá*) expresa ciertamente la mediación. Por Jesús la comunión pasa del Padre a nosotros para que vivamos la fraternidad en la unidad. Al acoger juntos el don del Espíritu «por él», nos incorporamos a él, para ser en él, «en Cristo». En primer lugar se da el «Cristo en nosotros»; consecuentemente se da el «nosotros en Cristo» y en esta implicación se constituye el «nosotros», que vive «en él» y «desde él». La fraternidad con toda su vida entera tiene en él su insistencia y su existencia. Por eso está alentada «en el Señor» a salir fuera de sí para preparar la llegada del reino. Así se entrelaza como un cuerpo. No se puede ser hermano, sin ser miembro del otro hermano, porque unos y otros compartimos en Cristo el mismo Espíritu. El «con Cristo» de los signos sacramentales, se realiza en el «con Cristo» de los caminos del seguimiento y se ultimarán en el «con Cristo», cuando nos sentemos juntos con él en la mesa del Padre.

Hemos alcanzado el más profundo centro de la *koinonía* de las fraternidades cristianas. Frente al acento que hoy ponemos sobre la comunidad de bienes, hemos de afirmar que el origen de toda comunión es la *koinonía* de la vida, «por Cristo, con él y en él». La comunión de vida como intercambio de tareas, vivencias y actitudes, hecho desde nosotros mismos, es una pretensión imposible. Por este camino podemos recorrer hasta las metas últimas de la amistad, pero con ello ni siquiera hemos alcanzado la *koinonía* mesiánica, que es un don del Hijo y se realiza entre sus manos. Desde aquí todo se asume: lo vertical desde lo horizontal, lo histórico desde lo escatológico. Toda la vida de los hermanos, con sus trabajos, dolores, angustias y esperanzas debe ser asumida desde la filiación y la fraternidad. Los hermanos, al vivir desde la entrañas de Cristo Jesús, lo son siendo hijos del Padre y hermanos de todos. La consistencia personal en la conciencia y en la libertad, las religaciones comunitarias y cósmicas son vividas en común desde el Espíritu del Señor, en su cuerpo, donde los hermanos más pequeños han de ser los más amados y servidos. Ellos forman su parte más entrañable y necesaria (1 Cor 12, 22-25). La *koinonía* mesiánica levanta al pobre y abaja al poderoso, para que en la mesa compartida se parta el pan en la común alabanza (Rom 15, 5). La comunión de vida es tener el mismo sentir, desde la gozosa humildad y el amor ardiente que es el servicio de la comunión en la paz (Flp 2, 1-4; Col 3, 12-15; Ef 4, 1-16).

En torno a la mesa, desde la *koinonía* de la vida, se ha de alcanzar la *koinonía* de los bienes. «Nadie llamaba suyo a sus bienes, sino que todo era común entre ellos... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían bienes o casas los vendían, traían el importe de la venta y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartían a cada uno según su necesidad» (Hech 4, 32.34.35; cf. 2, 44-45). Esta imagen bastante idealizada de las comunidades primitivas, revela sin embargo un hecho histórico: el esfuerzo por compartir los bienes. La comunidad de vida sólo se autentifica y plenifica en la comunidad de bienes. De lo contrario, la comunidad continúa siendo un trozo del mundo dividido por barreras según el tener y el poder. Pero también aquí debemos afirmar enérgicamente que el compartir los bienes es en su ultimidad un gesto del mismo Señor que preside la mesa. El Señor extendió las manos y compartió a los suyos todo lo que tenía. Al partir el pan y la copa, se da a sí mismo en todo su ser y poseer. El no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que siendo rico se empobreció para enriquecer desde abajo, desde la ofrenda, humilde y gratuita, de su pobreza (2 Cor 8, 9). El tenía bienes, tenía todos los bienes. Era rico, en verdad, era el único rico, pero libre, gratuita y amorosamente compartía con los hermanos todo lo que tenía. En la mesa del Señor estaban invitados todos. Hay ricos y

pobres, amos y esclavos. Hay pobres porque hay ricos, hay esclavos porque hay amos. El Señor, al empobrecerse, no pretende aumentar la pobreza del mundo, ni mucho menos legitimarla. Pretende anularla por la comunión de la justicia escatológica. Para ello se pone al lado de los pobres, más abajo que ellos y, desde abajo, comparte todo lo que tiene. Sólo enriquecer desde la pobreza anula las relaciones de poder. Por eso los hermanos al partir el pan y al beber la copa, están llamados a compartir los bienes con los hermanos más pequeños, de cerca y de lejos.

No pueden sentarse a la mesa, y después que uno continúe siendo rico, en la abundancia, y el otro pobre en el hambre (1 Cor 11, 20-34). Quien come el pan y bebe la copa, sin darse cuenta de que los pobres son miembros del «cuerpo entregado» del Señor, se traga su condenación (1 Cor 11, 29). No puede un hermano reservarse para sí los bienes, mientras los otros pasan necesidad. Los hermanos deben hacer lo mismo que hizo el Señor. Y no sólo con los hermanos de cerca sino con los de lejos, con los pobres de lejos, con los mendigos de la lejana comunidad de Jerusalén (Gál 2, 10; 1 Cor 16, 3; 2 Cor 8, 19; 12, 14 s). El gesto no tiene que ver ni con la beneficencia, ni con la pobreza colectiva de la vida religiosa. Agraciados y juzgados al tiempo, por el don del Señor, en su mesa, los hermanos se ven enriquecidos por la gracia del Señor y sienten la necesidad, aun siendo pobres, de dar, de darse, con alegría desbordante, para que aparezca ya en la tierra la mesa compartida del reino, donde no se pasa necesidad, donde cada uno aporta según sus necesidades, donde «el que mucho recogió no tuvo más, y el que poco no tuvo de menos» (2 Cor 8, 14-15). La *koinonía* de los bienes es así un milagro de la gracia del Señor. Es un gesto de comunión, que anticipa el reino en esta tierra de injusticia y opresión. Un gesto que despierta en todos los que lo ven y lo palpan la gozosa esperanza de que el Señor, ya en este mundo, va avanzando la mesa común de su reino. Hasta aquí algunos trazos de la reflexión de Pablo sobre la *koinonía*.

5. *Por los caminos de la liberación*

La comunidad del Señor ha de seguir de cerca sus caminos. Partiendo de la acogida de su amor (contemplación), situada en las partes más bajas de la tierra (encarnación), es una mesa compartida, donde el pan y la copa que da el Señor, posibilitan y llaman a la comunicación de la vida y de los bienes (comunión). De todas formas, ya advertimos que es en torno a esta mesa donde se escuchan los gemidos de la humanidad y del universo por su liberación. La familia de hermanos no es un recinto de bienaventurados entusiastas, que

verticalmente se evaden de la historia de la tierra encadenada, porque han sido transportados a otra tierra, que es la verdadera. Al contrario, el Señor cuando recorría los caminos, les habló de luz en las sombras, de levadura en la masa, de grano en el surco, de sal en la tierra. Esto significa, que por ser la comunidad del Señor, que es el *cosmocrátor* entronizado para realizar el reino del Padre, ha de hacerse a los caminos de la liberación, entre angustias y esperanzas.

La iglesia, siguiendo a su Señor, es en primer lugar una iglesia misionera que anuncia el evangelio. La esclavitud profunda del pecado sólo se rompe, cuando los hombres acogen el don de la gracia del reino, realizado en el Cristo muerto y resucitado, que se anuncia y se da en la palabra de la predicación. El mandato del Resucitado se escribe cuando hacía ya tiempo que se había convertido en tarea. «Id por todo el mundo y predicad la buena noticia a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará... Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la palabra con las señales que les acompañaban» (Mc 16, 15-16.20). El evangelio del reino es ahora el anuncio del Señor Jesús, que es la salvación (Hech 13, 26), la liberación que conduce a la vida (Hech 3, 15; 5, 20; 13, 46-48), en la luz (Hech 26, 17 s), porque es la gracia misma del Padre, entregada en la palabra (Hech 14, 3; 20, 24). «Cerca de ti está la palabra: en tu boca y en tu corazón, es decir la palabra de la fe, que nosotros proclamamos. Porque si confieras con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás» (Rom 10, 8-10). Cuando los hombres se entregan en la obediencia de la fe al Señor Jesús, al Hijo entregado y entronizado, Cristo y Señor, alcanzan la liberación más honda, porque se incorporan a su filiación y a su fraternidad. La obra misionera pretende atravesar la creación, hasta los confines de la tierra (Hech 1, 8; Rom 15, 22-28) para reunir de entre todos los pueblos por la fe y el bautismo a la familia de los hijos y hermanos, que vive en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu (Mt 28, 19). La iglesia aparece así siguiendo los pasos de su Señor por los caminos. «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para anunciar el evangelio también allí» (Mc 1, 38). Es la iglesia de la palabra, del anuncio incesante, pues en el evangelio que es la fuerza del Espíritu, se empieza a liberar y a recrear en sus raíces el hombre y la comunidad. La palabra convierte, pero además congrega y alienta.

Al seguir los pasos de su Señor, la iglesia tiene que poner en el primer puesto de la mesa a los pobres, curándoles todas sus heridas. La comunidad misionera es al tiempo iglesia pobre de los pobres. El relato de Hech 3, 1-10 es un signo de este gesto de liberación. El tullido estaba a la puerta del templo, pidiendo limosna. Fijó la mirada en Pedro y Juan, que subían a orar. Esperaba recibir algo de ellos.

«Pedro le dijo: No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy: en nombre de Jesús Cristo nazareno, ponte a andar». Y tomándole de la mano derecha lo levantó» (Hech 3, 6-7). Es el mismo gesto del Señor (Lc 5, 23-24). Es el mismo gesto que el Señor continúa haciendo por manos de sus hermanos. Por eso ahora se vuelven a tomar sus palabras, dichas con resonancias nuevas después de haberlas vivido y realizado en el camino. La fraternidad ha acogido sobre todo a los pequeños, que han de ser siempre los preferidos (Mt 18, 6-10). Los sabios no entendían la palabra, pero adivinaban su misterio los sencillos, los que estaban «fatigados y agobiados» (Mt 11, 25-28). Los que tenían algo que perder se excusaron de venir al banquete y la mesa se llenó de «pobres, lisiados y ciegos» (Lc 14, 21). La liberación que obra la llegada del reino, lleva consigo que los humildes sean levantados y los hambrientos se sienten en la mesa para ser colmados de bienes (Lc 2, 52-53). Por eso la fraternidad del Señor, iglesia pobre de los pobres, ha de anunciar la palabra, acompañándola con los signos de curar todas las heridas de estos hermanos pequeños. También ahora «los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia (Lc 7, 22). El servicio de los pobres en la iglesia, que atraviesa la *ecumene*, no es sólo una presencia del pasado de los caminos de Galilea, sino un anticipo de la mesa compartida del último día. «Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 35-36).

La iglesia misionera, que ama y sirve con preferencia a los pequeños, es al tiempo, siguiendo los pasos de su Señor, una iglesia militante. El mundo, en la perspectiva de los sinópticos, está dominado por Satanás con sus poderes. Pablo expresa esta realidad diciendo que el pecado ha entrado en el mundo y que en él reina el «pecado en la muerte» (Rom 5, 21). La idolatría de la opresión no es tan sólo un hecho de los hombres, sino un poder de injusticia, de esclavitud y de enfrentamiento que configura el cosmos convirtiéndolo en el señorío del pecado, ejercido en su ultimidad por la muerte. Juan tiene una perspectiva semejante. «Todo lo que hay en el mundo —la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida— no viene del Padre, sino del mundo» (1 Jn 2, 16). El hombre caído, cerrado al amor, proyecta al mundo su afán de tener y de poder y así es como el mundo se constituye en ámbito de explotación y opresión. Al buscarse a sí mismo se ciega en la tiniebla del egoísmo, que es odio (1 Jn 1, 5 s; 2, 9-11). Por eso está bajo el señorío del maligno (5, 19). El Señor que está reuniendo a la familia de sus hermanos, poniendo a los pequeños en el primer lugar, alienta a los

suos a la lucha por la liberación del mundo. En el aliento de su Espíritu, cada comunidad, en su marco histórico, tomará unas decisiones concretas. Pero hay una armadura última, que los hermanos tienen por estar revestidos del Señor. La obediencia de la fe, en el servicio del amor, con el coraje de la esperanza, ponen en sus manos las armas de la justicia, de la libertad y de la paz del reino, con las que han de luchar contra los dominadores de este mundo tenebroso (1 Tes 5, 8-9; Rom 13, 12-14; Ef 6, 10-18). Metidos en medio del mundo los hermanos con estas armas, se enfrentarán con los poderes esclavizantes de la tierra, cumpliendo con su Señor la tarea de desarticularlos y someterlos, para llevar el universo a su plenitud (1 Cor 15, 25-28; Ef 4, 10). Así avanza la iglesia del Señor por los caminos de la liberación, hacia el reino. Su gesto misionero, diaconal y militante, inseparablemente unido, prolonga en el tiempo la obra del Señor, que va a la cabeza preparando para sus hermanos la mesa compartida de los nuevos cielos y de la nueva tierra, donde reine la justicia. (2 Pe 3, 13; Ap 21, 1-27).

6. *Atravesando la sangre de la Pascua*

La iglesia del Señor, que recorre tras él los caminos de la contemplación, de la encarnación, de la comunión y de la liberación, ha de atravesar irremediamente la pascua. Hacer que en este mundo aparezca la nueva humanidad del hombre nuevo en una nueva creación, es un nacimiento doloroso y sangriento. «Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que os he dicho: el siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Jn 15, 18-20). Por el camino del reino, la iglesia está siempre marcada por las marcas de la cruz. Es una iglesia pascual.

Los *Hechos de los apóstoles* conservan la tradición del camino martirial de la primera generación cristiana. Los mensajeros del evangelio y las mismas comunidades padecen amenazas, asechanzas, cárceles, flagelaciones, muertes (Hech 4, 3 s. 25 s; 5, 17 s. 26 s. 41; 6, 11 s; 7, 54 s; 8, 1 s; 14, 5 s). Este itinerario no es casual, sino que va inseparablemente unido al anuncio del evangelio y a su testimonio en la vida (Hech 9, 15 s; 14, 31 s). De estos hechos dan prueba los primeros documentos escritos del nuevo testamento. Pablo venía a Tesalónica «después de haber padecido sufrimientos e injurias en Filipos» (1 Tes 2, 2), y al llegar allí predicó el evangelio «en medio de tribulaciones» (1 Tes 1, 6). «Vosotros, hermanos, habéis seguido

el ejemplo de las iglesias de Dios, que están en Judea, en Cristo Jesús, pues también vosotros habéis sufrido de vuestros compatriotas las mismas cosas que ellos de parte de los judíos» (1 Tes 2, 14). Prácticamente todas las comunidades paulinas están bajo el signo de la persecución. Las primeras fraternidades sembradas en la *ecumene* conocen la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros y la espada. «Por tu causa nos entregan a la muerte cada día; somos tratados como ovejas destinadas al matadero» (Rom 8, 36). Es el dato que recogen también los sinópticos, presentándolo como signo de los dolores mesiánicos, por la llegada del reino. «Os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa (Mc 13, 9). Las comunidades cristianas, a pesar de su presencia humilde, destinadas primariamente a la transformación de los hombres, que irradia después a la comunidad y al mundo, son consideradas como focos de rebeldía, que amenazan el orden establecido. Entre el 60 y 64 son martirizados Pedro y Pablo. En el 64 se inicia la persecución de Nerón entre aquellas pequeñas fraternidades que no se acoplaban al mundo ni reconocen a sus señores, sino que, intentando trasformarlo, buscaban el mundo futuro.

El camino de la segunda generación cristiana continúa por las mismas huellas sangrientas de la pascua. Como el mismo Señor, su gesto es al tiempo de sumisión y rebeldía, y la respuesta del mundo es la misma: la persecución, el martirio. La carta *1ª de Pedro* y el *Apocalipsis* son un testimonio elocuente. El mundo «se extraña de que vosotros no corráis con ellos a ese torrente de perdición y os insulten» (1 Pedr 4, 4). Pero las cosas no quedan en el insulto. Para las cristianas casadas no resulta fácil el trato con sus maridos paganos (3, 1 s). Los esclavos cristianos han de aguantar muchas injusticias de parte de sus amos paganos (2, 19 s). En la vida pública el nombre «cristiano» suscita ya el escándalo. Es motivo de denuncias, acusaciones y condenas de todo el mundo (4, 14 s; 5, 9). En nuestra carta se habla insistentemente de la persecución que sufren los cristianos. Flota en el ambiente una atmósfera anticristiana. Se habla de calumnias (2, 12; cf. 2, 15), insultos (3, 9; 4, 7-14), ultrajes (3, 16), malas acciones (3, 9) por citar sólo algunos puntos. Se menciona una y otra vez el sufrimiento (2, 19-20; 3, 14-17; 4, 13-15 s. 19; 5, 9-10) y se dice que los cristianos «pasaron tristeza» (1, 6) y tendrán «pruebas» (1, 6), que se ha encendido una «hoguera», un «horno de fuego» para probarlos (4, 12). Detrás de todo ello está una enemistad de fondo del mundo contra el cristianismo; esta actitud quería aniquilar a los cristianos en su fe y en su esperanza, pero también físicamente. Nadie está seguro frente al diablo (5, 8), que anda por el mundo dando vueltas, deseoso de devorar a los cristianos. Pero precisamente en este sufrimiento

actúa también «la mano poderosa de Dios» (1, 6) cuya voluntad decide todos estos destinos (1, 6; 3, 17; 4, 9)» (Schlier, *Mysterium Salutis* IV-1, 207).

En el *Apocalipsis* la iglesia es la comunidad del Cristo crucificado y exaltado, que él mismo conduce hacia el reino del Padre. No puede entregarse a los ídolos, ni a los dominadores de este mundo (Ap 14, 4 s; 17, 2-4; 18, 3-9; 19, 12), sino que ha de seguir «al cordero a donde quiera que vaya» (14, 4). El camino conduce inevitablemente a la pascua. Los seguidores son confesores y mártires como también lo es Jesucristo, el «testigo fiel» (1, 5-9; 3, 14). El camino atraviesa este cosmos, dominado por poderes históricos, instrumentos de los poderes diabólicos. Jesús, al pasar, venció al mundo, derrotó a su poder opresor, con la inmolación de su vida por amor. Al ser entronizado, se arruina en sus cimientos el señorío de la opresión. Esta «victoria» es compartida en su camino y en su meta por los que se entregan al vencedor. Ellos van abriendo las sendas del amor inmolado. Pero el mundo no puede soportar este camino de los testigos: la pobreza, la mansedumbre, el dolor y la muerte. El cosmos cree que se basta a sí mismo, que nunca estará de luto (18, 7). Se hace la ilusión de que puede arrancar las lágrimas y vencer la muerte. Pero al ir avanzando la fila de los seguidores del cordero, se siente angustiado. Teme porque ve desarticulada su propia consistencia, anulado de raíz su poderío. Así se enfrentan la mujer, que representa al pueblo de Dios (12, 1 s) y la prostituta Babilonia (17, 1 s), la esposa del cordero (19, 7 s; 21, 9) y la impúdica ramera (17, 1 s), Jerusalén, la ciudad amada (20, 9) que descende del cielo (21, 2-10 s) y Babilonia, la ciudad impúdica y reprochada (14, 8; 16, 19; 17, 5; 18, 1 s). La lucha está planteada (12, 13). Las comunidades del Señor (2, 3) pasan pobreza y agobios, son calumniadas y encarceladas: padecen incluso la muerte. Los hermanos aparecen a veces como cautivos (13, 9), mártires (6, 9 s; 13, 9), que han padecido la persecución (12, 13 s; 13, 7), la detracción (13, 1-4.6; 17, 3) y la guerra (11, 7; 17, 14). Pero es así como, siguiendo al Señor van preparando los caminos del reino, ya inaugurado, y se sientan, pasada la sangre, en la mesa de las bodas. «Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus túnicas y las han blanqueado en la sangre del cordero... Ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni el bochorno. Porque el cordero, que está en medio del trono, los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos (Ap 7, 14.16-17; cf. Is 25, 6-8).

III. LA PEQUEÑA FRATERNIDAD APOSTÓLICA

Jesús, el Señor, recorrió los caminos empezando el reino del Padre, reuniendo la familia grande de sus hijos y preparando para ella en el universo de los cielos y de la tierra la mesa compartida donde los pequeños sean los primeros. Al atravesar la pascua, el Padre le sentó a su derecha y le puso a la cabeza de esta familia, a la que alentó el Espíritu santo, para que compartiera con él el camino hasta la consumación de la plenitud. La iglesia del Señor encabezada por él, ha de recorrer sus mismos pasos a través de la historia, reuniendo en la familia grande a todos los hijos dispersos por el mundo, en torno a la mesa del compartir, presidida por los pequeños, hasta que el mismo Señor vuelva a consumir el reino y entregarlo al Padre. Pero el Señor siempre realizó, realiza y realizará esta tarea llamando a un grupo de hermanos, para que estén con él y compartan más de cerca su obra. Es la pequeña fraternidad apostólica. Por de pronto excluimos nuestras imágenes de «sacerdotes», «religiosos» y «seglares». Intentamos acercarnos a la primera hora de los caminos.

1. *Les llamó más de cerca*

Cuando Jesús empezó a anunciar el evangelio del reino por los caminos de Galilea, mucha gente se quedó lejos. Es verdad que masas fluctuantes de los pueblos y de las ciudades se movilizan en ocasiones para seguirle. Son «la multitud» (Mt 9, 23-25; 15, 10-32 s. etc.) las «multitudes» (5, 1; 7, 28; 9, 8-33; 11, 7; 12, 32), o también «las grandes multitudes» (4, 1; 14, 13). «Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del mar» (Mt 4, 25). «Les vieron marcharse... y fueron allá corriendo, a pie, de todas las ciudades» (Mc 6, 33). El pueblo sencillo, que esperaba la liberación, se sentía admirado por aquel profeta. A veces se agolpaban junto a él, para escuchar su palabra y sobre todo para ser curados de sus enfermedades. «Y se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; los pusieron a sus pies, y él los curó. De suerte que la gente quedó maravillada al ver que los mudos hablaban, los lisiados quedaban curados, los cojos caminaban, los ciegos veían y glorificaban al Dios de Israel» (Mt 15, 30-31). A Jesús le importaba sobre todo la multitud, el pueblo entero que yacía en tinieblas (Mt 4, 16). El quería reunirlos a todos, como en la hora de la multiplicación de los panes, haciendo corro en la tierra, y teniendo junto a sí a todos los que sufrían, para curarles las heridas (Mc 6, 30-40; 8, 1-10 par). El pueblo le seguía en ocasiones para liberarse de sus cadenas. Admiraba sus palabras y sus gestos. Simpati-

zaba con él. Daba gloria a Dios. Algunos incluso creían en él (Mt 8, 10; 9, 2-20 s; 15, 21 s). Pero la mayoría volvían a «lo suyo», al puesto de su trabajo y de su vida.

Dentro del mismo pueblo había un grupo de discípulos que «le seguían de lejos». Creyeron en él y su vida quedó marcada por él: el centurión de Cafarnaún (Mt 8, 5-13), la mujer con flujo de sangre (Mc 9, 22), la cananea (Mt 15, 21-28), los ciegos curados (Mt 9, 27-31), los endemoniados liberados (Mc 3, 18-20), los que hablaban en su nombre (Mc 9, 38-41). Aunque no le seguían, sin embargo habían creído en él y él alumbraba su vida. La samaritana y su pueblo reconocieron en él al salvador del mundo (Jn 4, 40-42). Nicodemo se confió a él para escuchar el camino de la vida que conduce al nuevo nacimiento (Jn 3, 1-21). Lázaro, Marta y María le acogían en su casa como a un amigo y descubrían en él la palabra de vida eterna (Lc 10, 38-42; Jn 11, 1-43). Zaqueo encontró la salvación cuando accedió a que se sentara a su mesa y, ganado por su misericordia, repartió sus bienes a los pobres (Lc 19, 1-10). José de Arimatea, «discípulo clandestino» de Jesús, porque tenía miedo a los judíos, salió de su secreto cuando llegó la hora de descolgarlo del madero, para darle sepultura (Jn 19, 38-41). Este grupo amplio de discípulos continuaban en el puesto de su trabajo y de su vida, pero ya no vivían para «lo suyo», sino para el reino, que Jesús anunciaba. Decididos a acoger y compartir, llevaban a la vida diaria las exigencias de su amor. A veces yendo en contra de sus intereses o de su puesto social. Pero habían hecho una opción por Jesús, aunque no peregrinaban con él por los caminos. Se habían quedado en su puesto del mundo. Tal vez a algunos les faltara generosidad, pero a otros el Señor no les había llamado a este gesto. «El hombre del que habían salido los demonios le pedía estar con él. Mas le despidió diciendo: «Vuelve a tu casa y cuenta lo que Dios hizo en ti». Y se fue por toda la ciudad proclamando cuanto le había hecho Jesús» (Lc 8, 38-39).

Jesús recorre el camino, con un grupo de hermanos, a los que ha llamado a «seguirle de cerca». En el evangelio se les llama en general «discípulos». A Jesús se le llamaba «maestro» (Mt 9, 11; 17, 24; 23, 8; 26, 18) y aparece tratado como tal (Mt 8, 19; 12, 38 etc). Por una parte, como *rabí*, proclama la voluntad de Dios en la ley, predica en las sinagogas, disputa con los fariseos, y un grupo de discípulos se le allega. Pero, por otra parte, no parece ser un maestro. No tenía estudios, ni hablaba con una autoridad derivada, ni los discípulos podían hacer junto a él la «carrera de maestros». El es sobre todo el profeta, que anuncia en nombre propio el reino de Dios, y para ello, llama a un grupo de hermanos a compartir de cerca la tarea. Les ha tratado de cerca a ellos y ellos les han tratado de cerca a él. Les ha amado (Mc 10, 21) y ellos a él (Jn 16, 27). Fue un profundo encuentro

de amistad, que se va contagiando y extendiendo (Jn 1, 35-51). «Venid y lo veréis». Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día» (1, 39). «Hemos encontrado al maestro...» «y le llevó a Jesús» (1, 41-42). Jesús, después, les llama: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres». «Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron» (Mt 4, 19-20). «Sígueme». «El se levantó y le siguió» (Mc 2, 14). «Ven y sígueme». «Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mc 10, 21-22). El llama. Unos dicen que sí y otros que no. Los que se pusieron a seguirle a veces tropiezan en sus pasos (Mt 16, 22-23) o incluso llegan a abandonarle. «Muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él» (Jn 6, 66). Hay, a pesar de todo, un pequeño grupo que le acompaña siempre en el camino, hasta que llegan los días últimos de la tribulación.

Pero Jesús, dentro del grupo de discípulos que le siguen de cerca, ha llamado con una llamada especial a unos cuantos. Mateo ha encuadrado esta hora en la compasión de Jesús por la muchedumbre. «Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a la muchedumbre, se le conmovieron las entrañas, porque estaban despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 35-38). Es la urgencia del reino, la necesidad de sembrar la semilla y segar la mies. El necesita que otros obreros compartan su misma obra. Entonces llamó a «los doce» (Mt 10, 1). Lucas, presenta a Jesús, viniendo al amanecer del monte, donde había pasado la noche hablando con su Padre (Lc 6, 12). «Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles. A Simón, a quien llamó Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, a Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado zelotes; a Judas de Santiago, y a Judas Iscariote, que llegó a ser un traidor» (Lc 6, 13-16; Mc 3, 13-19; Mt 10, 1; Hech 1, 13). Más tarde acabarán de comprender lo que significa esta llamada y este encargo. Por de pronto, entre los discípulos, el mismo Señor ha señalado y enviado con misión especial a «los doce». Pero esta misión, aunque está en ellos paradigmática, no por esto queda en ellos reducida. Otros muchos hermanos la comparten de otro modo, según el encargo del Señor. «Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos, delante de él, a todas las ciudades y sitios, a donde tenía que ir él» (Lc 10, 1).

El grupo de «seguidores» es sumamente extraño. En él la mayor parte son pobres, pero puede haber alguno que haya tenido dinero

(Mt 9, 9). La mayor parte son incultos y no tienen ningún poder, pero puede haber alguno que haya tenido autoridad (Mt 9, 19). La mayor parte comparten la inquietud de la liberación de los pobres, pero puede haber algunos que hayan estado comprometidos con el orden establecido (Mc 2, 14), o hayan tomado parte en la revolución armada (Lc 6, 15; Hech 1, 13). Entre los seguidores habían hombres, pero también mujeres (Lc 8, 25); unos estaban solteros, pero otros estaban casados (Mc 1, 28-31). Algunos eran compañeros de trabajo y amigos (Lc 5, 10) pero otros no se conocían de nada. En el grupo se han roto todas las barreras: el dinero y el puesto, la formación y la ideología, el sexo y la condición familiar, la camaradería y la amistad. Esto significa que ningún vínculo horizontal les vincula. No se han reunido para hacer un negocio, ni para defender un puesto, ni para militar en su mismo grupo político, ni para estar en la misma panda de amigos. Ha sido Jesús y su proyecto quien les ha reunido. Jesús, que va abriendo la brecha de los caminos. Lo que ha formado completamente al grupo ha sido una «llamada absoluta» de Jesús: «Ven. Sígueme». Esta vocación ha relativizado todo lo que ellos tenían, podían y eran. Era una llamada («ven»), pero para seguirle de cerca, sobre sus propios pasos («sígueme»). Ellos han dado también una «respuesta absoluta». Dejándolo todo le siguieron. Se han allegado a Jesús y se han adherido a él, a su proyecto, a su tarea y a su camino, como lo único absoluto y necesario. Todo lo demás es relativo. Sólo él. El todo. Y se han puesto a caminar. En torno a él, detrás de él, ha nacido el vínculo más hondo entre ellos. Han empezado a ser y a sentirse hermanos, en aquella pequeña fraternidad (Mc 3, 31-34).

Pero desde la primera hora, ellos advierten que Jesús no es para ellos, sino en primer lugar «para el reino de Dios y su justicia» (Mt 6, 33). De lo que se trata no es más que de dejarse tomar de la mano por Jesús, para compartir con él el camino y la tarea. Así les vemos caminando juntos tras él. Juntos iban por los pueblos anunciando el evangelio. «Simón y sus compañeros fueron en su busca; al encontrarle le dicen: «Todos te buscan». El les dice: «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que predique también allí, que para eso he salido. Y recorrió toda Galilea» (Mc 1, 36-39). «Sus discípulos le siguen» (Mc 6, 1). Con él hacían el camino, pasando hambre y cansancio (Jn 4, 1-8; Mc 2, 23). Pero el camino era para compartir su tarea. Cuando predica el evangelio del reino, allí están ellos. «Iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la buena noticia del reino de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres» (Lc 8, 1-2). Cuando expresa el reino sentando a los pecadores a su mesa, allí están ellos como expansión de su presencia (Mc 2, 15-17). Cuando es la hora de hacer la mesa grande sobre la tierra para partir a todos el

pan, allí están ellos como prolongación de sus manos (Mt 15, 32-39). Cuando el agua se convierte en vino, allí están ellos como testigos y creyentes de que la mesa de las bodas ha comenzado (Jn 2, 1-11). Cuando en la mesa que se va preparando, hay que abrir los ojos a los ciegos, o dar movimiento a los paralíticos o resucitar a los muertos, ellos caminan junto a él acogiendo y compartiendo las señales del reino (Lc 4, 38-40; 7, 11-16; 9, 1-2 etc). Jesús va caminando así con el pequeño grupo de hermanos reuniendo la familia grande, en la que todos se acojan y preparando la mesa ancha en donde todos se sienten, empezando por los últimos. La pequeña fraternidad no tiene sentido por sí misma. No es más que las primicias de la gran asamblea en la mesa común. Precisamente para recorrer estos caminos del reino, él confía a sus hermanos distintas tareas, que comparten la suya. El solo no las podrá realizar.

2. *Y ellos dejándolo todo*

La «llamada absoluta» del Señor y el intento de responderla con una «respuesta absoluta» sitúa a todos los discípulos ante radicales rupturas: dejar los bienes, dejar la familia, dejarse a sí mismo. Conviene que prescindamos de nuestros esquemas usuales de interpretación. Estamos acercándonos a los orígenes. Lo que aparece en esta ruptura no es un mandato, ni un consejo, sino una «seducción». Los discípulos ya en los caminos, antes de la pascua, y sobre todo cuando descifran en el Espíritu el rostro del crucificado Señor de la gloria, se quedan asombrados. Jamás se habían encontrado con un amor tan inmenso, con una ternura tan entrañable. En Jesús, se había corporeizado el reino ante sus ojos. «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único» (Jn 3, 16). «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a dar en gracia todas las cosas?» (Rom 8, 32). «En esto hemos conocido el amor, en que él dio la vida por nosotros» (1 Jn 3, 16). En él ha aparecido la gracia (Rom 3, 24), la bondad y la ternura (Tit 3, 11; 3, 4) del Padre con la humanidad y con la tierra. A través de sus manos está reuniendo la familia entera de los hermanos en torno a la mesa del reino. «El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo que, al encontrarlo el hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. También es semejante el reino de los cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y lo compra» (Mt 13, 44-46). La palabra clave es aquí la alegría. «Cuando la gran alegría, que sobrepasa toda medida, embarga a un hombre, lo arrastra, abarca lo más íntimo,

subyuga el sentido. Todo palidece ante el brillo de lo encontrado. Ningún precio parece demasiado alto. La entrega insensible de lo más precioso se convierte en algo puramente evidente. Lo decisivo no es la entrega de los dos hombres de la parábola, sino el motivo de su decisión: el ser subyugados por la grandeza de su hallazgo. Así ocurre con el reino de Dios. La buena nueva de su llegada subyuga, proporciona una gran alegría, dirige toda la vida a la consumación de la comunidad divina, efectúa la entrega más apasionada» (Jeremías, *Parábolas*, 243 s).

Jesús se había hecho a los caminos dejándolo todo. Era pobre. Apenas si tenía más que el trabajo de sus manos y el techo, donde se cobijaba. Pero la tarea del reino le impulsó a abandonar hasta esto. «Las zorras tienen guarida y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (Mt 8, 20). Se había despojado de toda su riqueza (2 Cor 8, 9). Por eso, cuando alguien quería seguirle, le invitaba a renunciar a sus bienes. Al joven rico, que era noble y bueno, pero que, seducido por su presencia, se acercó a él para seguirle, le invitó enseguida a despojarse. «Aún te falta una cosa. Vende todo cuanto tienes, y repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme» (Lc 18, 22). Pero esta invitación se la hace también a sus discípulos, pobres en su mayoría, el pequeño rebaño que había de heredar el reino. «Vended vuestros bienes y dad limosnas. Hacedos bolsas, que no se rompen, un tesoro inagotable en el cielo... Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Lc 12, 33-34). El seguimiento es una radical disyuntiva. Hay dos señores y dos señoríos: el reino de Dios y el reino del dinero. Hay que decidirse. No se puede mantener el servicio en ambos caminos. «Nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). O todo o nada. No se puede querer retener algo en nada. Es necesario abandonarlo todo. Pero este camino de la pobreza no es una condición previa para el seguimiento, ni una norma impuesta para afrontarlo. Es una seducción.

Los discípulos han aprendido a llamar a Dios «Padre nuestro» en el rostro de Jesús. Han descubierto su amor desmedido, su ternura entrañable, su plan misericordioso de establecer su reino (Mt 6, 9-10). Han visto al Padre que quiere a todos, «que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5, 45). Han contemplado su solicitud amorosa, que alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo (Mt 6, 25-30). «¿No hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?. No andéis preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer? ¿qué vamos a beber? ¿con qué nos vamos a vestir?» (Mt 6, 30-31). Con las manos vacías y abiertas hay que entregarse por entero al don del reino. Y a lo más suplicar tan

solo un rebojo de pan para mañana. El tiempo apremia. La tarea es grande. Los discípulos hasta tendrán que renunciar en ocasiones al trabajo, de donde sacaban el pan. Seducidos por el Señor que va delante abriendo los caminos del reino, se despojarán de todo para ser libres. «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis. No llevéis oro, ni plata, no calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10, 8-10). La renuncia a los bienes es un gesto de gratitud a la gracia. La valoración ha cambiado por entero. Antes había que buscar «lo suyo» y esto se hacía teniendo que situarse. Ahora, después de encontrarse con Jesús, camino del reino, y sentirse queridos por él, lo absoluto se hizo relativo, lo necesario, superfluo, lo importante, insignificante, lo válido, despreciable. Con alegría, en la medida de la gracia que los alienta, los discípulos se van despojando de todo, para quedarse sólo con Jesús.

Pero no eran sólo los bienes. La familia ataba mucho más. Eran los lazos de la sangre, los más hondos y legítimos que vinculan a los hombres. Pero Jesús, al caminar por los caminos del reino, había roto con los suyos. Era una familia más grande la que había que reunir; era una mesa más ancha y abierta la que había que poner (Mc 3, 31-34). Su proyecto parecía una espada que cortaba los lazos más fuertes. «No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra. Y enemigos de cada cual serán los que conviven con él» (Mt 10, 34-36). Ninguno de los discípulos puede preferir su situación y sus intereses familiares a las exigencias del reino y su justicia. No es posible disculparse por las necesidades de los padres o de los hijos. El reino ha de ser preferido absolutamente. «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí (Mt 10, 37). «Mientras iban caminando... a otro dijo: «Sígueme». El respondió: «Déjame ir primero a enterrar a mi padre». Le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios» (Lc 9, 57.59-60). Si hay que dejar a los padres, se dejan. Si hay que dejar a los hijos, se dejan. La pasión por el reino irá despertando nuevas exigencias y posibilidades. Hasta lo que parece imposible e increíble. «No todos entienden este lenguaje, sino aquéllos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos, por el reino de los cielos. Quien puede entender que entienda» (Mt 19, 11-12). Más de uno preferirá renunciar a formar una familia, para entregarse con corazón indiviso a la causa del reino (1 Cor 7, 1. 7-8. 32-34).

También esto es seducción. El amor inmenso del Padre, aparecido en Jesús para reunir a todos los hijos dispersos, amando con ternura

excesiva a los pequeños y sentándolos a todos en la mesa, ensanchan las capacidades de amor, de confianza y de audacia del corazón humano. A veces el seguimiento exige al que está casado rupturas dolorosas. Los padres unánimemente ven juntos el camino y se disponen a seguirlo, arriesgando a los hijos. En otros casos, «si el padre ha resuelto ir en seguimiento de Jesús, a la esposa no le queda más remedio que volver al hogar paterno, juntamente con los hijos, aunque esto se consideraba como un estigma» (Jeremias, *Teología*, 262). El Padre celestial cuidará de ellos con más amor todavía (Sal 26, 10). En otras ocasiones el seguimiento exige la renuncia a la familia. El amor por el reino ensancha el corazón humano, con una capacidad de entrega, que asume e integra los procesos sexuales instintivos en gestos de nueva creación. El corazón indiviso para la fraternidad universal, sin condiciones, sin dependencias, sin cálculos, hará posible que los hombres se renuncien para una libertad que difícilmente se puede ni siquiera entender, si no es desde el amor excesivo que la alienta. «Jesús acepta a las mujeres entre sus discípulos, porque tiene confianza de que sus discípulos van a dominar los instintos sexuales. El viejo *eón* se halla bajo el dominio de la concupiscencia... En el nuevo *eón* reina la pureza, que supone una disciplina incluso sobre las miradas. «Dichosos los limpios de corazón» (Mt 5, 8). En ninguna otra esfera de la vida social, la nueva vida penetra de manera tan llamativa en la cotidianidad como ocurre aquí» (Jeremias, *Teología*, 265).

Pero el seguimiento de Jesús va más lejos todavía. Su seducción no sólo lleva a renunciar a los bienes y a la familia, sino a sí mismo. «Si alguno quiere seguir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiere salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16, 24-25; Jn 12, 25-26). «El que no toma su cruz y me sigue detrás, no es digno de mí» (Mt 10, 38). La libertad para el seguimiento alcanza aquí su última raíz. Los hombres no se constituyen por lo que tienen, sino por lo que son. Su señorío sobre sí, nacido de su condición de imágenes del Padre, les permite decidir soberanamente su vida. En la vieja creación viven desde sí mismos y para sí mismos. Su camino es su proyecto, en el que todo se integra. Pero la ofrenda de la gracia des-medida del reino es una pro-vocación. Les invita a no vivir ya para sí mismos, sino para Jesús que les ha amado y llamado, para compartir el mismo gesto, en el que él mismo vive para el Padre. «Hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). El Señor invita a los suyos, a que se entreguen al reino, compartiendo su obediencia. «Venga tu reino... Hágase tu voluntad» (Mt 5, 10). El seguimiento es la obediencia de la fe llevada a su última radicalidad. Por eso el empobrecimiento de dejar los bienes y la familia para entregarse libremente al amor,

alcanza aún toda su hondura. Es «negarse a sí mismo», extender las manos vacías y abiertas entre las manos de Jesús, entregándose por entero a las exigencias del reino tras él. Es la «pobreza en el corazón» (Mt 5, 3), que permitirá después luchar por la justicia, trabajar por la paz, dar el corazón al pobre y al enemigo, desde el gesto insondable de la mansedumbre, de las lágrimas y hasta de la misma muerte (Mt 5, 3-12). Esta libertad de sí mismo, para existir entre las manos del siervo doliente, lleva consigo la certeza de la muerte violenta, de morir como un criminal colgado de un madero, que ya desde ahora hay que llevar sobre los hombros.

También esta opción no es un mandato, ni un consejo, sino una «seducción». Los discípulos son asustadizos y temerosos como todos los hombres. ¿Cómo dar este salto en el vacío? Las instrucciones apostólicas están escritas sobre material antiguo, pero después de la pascua. En ellas se reflejan las instrucciones a los misioneros cristianos de la primera generación. Esta aventura de la pérdida de sí mismo por la causa del reino, sólo es una locura de gratitud a la gracia del Padre que se ha aparecido. El Padre cuida con solicitud amorosa e inquebrantable, a los que detrás del Hijo, llevan el peso del madero, por donde se abre el camino del reino. «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquél que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos» (Mt 10, 28-31). El Padre nos sostiene como cuando abre las manos para que caigan los pajarillos sobre la tierra, nos contempla amorosamente como la madre que mira y cuenta los cabellos de sus hijos. Así es como se puede afrontar la pobreza del corazón en la pascua que pasa por el desamparo en la cruz. Esta renuncia última para la travesía pascual, será como la siembra del grano de trigo (Jn 12, 24), que, para reunir la iglesia hacia el reino, siembra el Padre entre las manos de su Hijo crucificado, con la fuerza poderosa de su resurrección (Flp 3, 10-11).

El seguimiento aparece, pues, como el camino de la renuncia total, del abandono total. Dejar los bienes, dejar la familia, dejarse a sí mismo, para quedarse sólo con Jesús, que va delante reuniendo a su iglesia hacia el reino. «Pedro se puso a decirle: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mc 10, 28). Estas exigencias del seguimiento se han interpretado en muchas ocasiones como una «norma», que era «el camino de los consejos», aquel camino por donde avanzaban los que querían ser perfectos. Era cosa de unos pocos. Y sin embargo, cuando se ven estas exigencias, como el camino de la libertad para poder avanzar por las huellas del Señor, que son

las bienaventuranzas (Mt 5, 1-12; 10, 8-39), entonces caemos en la cuenta de que esta llamada a la radicalidad del seguimiento estaba dirigida a todos: a los discípulos que le seguían de cerca, a los discípulos que le seguían de lejos y a la misma multitud. No hay niveles de perfección, que constituyan grupos en la familia de Jesús, porque la única fuerza a todos derramada es el amor y es el amor mismo el que exige y se da a sí mismo. Esta llamada a dejarlo todo, unida estrechamente al anuncio del evangelio del reino, es una seducción, nacida del don del amor y de la gracia que previamente se ha ofrecido. Las bienaventuranzas son una gratitud de la existencia de los hijos del Padre, que han sido agraciados con el don del Hijo querido. A partir de aquí nacerá la tarea de la renuncia. Jesús exige la «conversión total» que aparece de modo destacado en su «absoluta llamada», cuando además es correspondida por la «absoluta respuesta». Pero en último término estas instrucciones para la misión con el espíritu de las bienaventuranzas estaban destinadas inmediatamente a ser vividas sólo por él mismo. El atestigua a los otros el amor, que les exige. El Señor mismo ofrece, en gracia, lo que pide, después que se de en agradecimiento. Es así como seduce a los hombres a la fe y al seguimiento, sea cual sea su puesto en la historia y su condición humana. Este camino de la nada, que es la senda de la libertad, es una provocación de su amor. Por eso los que son pequeños y se dejan querer, pueden atreverse a semejante audacia, audacia que por lo demás no es un camino para iniciados en la perfección, sino que está abierto a todos de par en par y es especialmente asequible a los pobres (Mt 11, 25-30). Así se explica que la pequeña fraternidad de Jesús no sea un «resto cerrado» ni un «resto abierto», sino un grupo de pobres que con las manos vacías y abiertas han sentido en medio de la multitud la seducción del reino y se han puesto a su servicio, detrás del Señor.

3. *Recibieron los dones que les dio*

El Señor reunió por los caminos a la pequeña fraternidad de discípulos y apóstoles. Les fue encargando distintos servicios. Pero la fraternidad parece desintegrarse cuando llega la travesía del monte Calvario. Estaban todavía sentados en la mesa de la última cena antes de padecer. Jesús les dice: «Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño... Pedro intervino y dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré... Y lo mismo dijeron también los discípulos» (Mt 26, 31.33.35). Bastó el prendimiento de Getsemaní para que le abandonaran. «Entonces los discípulos le

abandonaron todos y huyeron» (Mt 26, 56). Pedro le siguió de lejos, acabó después traicionándole y abandonándole también (Mt 26, 69-75). «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena» (Jn 19, 25). A su lado estaba también el discípulo amado. En esto parecía haber terminado la pequeña fraternidad de los que le seguían de cerca. La mayor parte huidos, Pedro avergonzado, Judas ahorcado y unas cuantas mujeres firmes junto al que moría entre malhechores.

Cuando el Padre le resucitó de entre los muertos y le entronizó como Señor para que empezara a realizar en plenitud la tarea, que había iniciado por los caminos, Jesús sale al encuentro de los suyos para llamarlos, reunirlos y alentarlos de nuevo. María Magdalena y las otras mujeres fueron las primeras en recibir la buena noticia (Mc 16, 1-8; Jn 20, 11-18; Mt 28, 9-10). «Id a decir a los discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (Mc 16, 7). «Regresando del sepulcro, anunciaron estas cosas a los once y a todos los demás» (Lc 24, 9). Pedro y el otro discípulo corrieron al sepulcro (Jn 20, 2-10). Pero el Señor se les apareció en Jerusalén (Jn 20, 19-20), en el camino de Emaús (Lc 24, 13-35) y sobre todo en Galilea (Mc 16, 9-20; Mt 28, 16-20; Jn 21, 1-14). El grupo de discípulos y de apóstoles le vieron resucitado y acogieron la misión que les encomendaba de continuar su obra. Se les habían abierto los ojos. «Así está escrito que el Cristo padecerá y resucitará de entre los muertos el tercer día y se predicará en su nombre la conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto» (Lc 24, 46-48). Lucas ve al pequeño grupo, esperando en oración la venida del Espíritu prometido. «Y cuando llegaron, subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago, y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban juntos en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos» (Hech 1, 13-14). Cuando se derramó sobre ellos el Espíritu en Pentecostés (Hech 2, 1-4; cf. Jn 20, 22), salieron a los caminos del mundo a continuar la obra del Señor, reuniendo a su iglesia hacia el reino, hasta que él vuelva (Hech 2, 5 s).

La pequeña fraternidad apostólica que empezó a formarse en los caminos de Galilea ha quedado constituida propiamente en la pascua, en la muerte, resurrección, y entronización del Señor y en la efusión de su Espíritu a los hermanos. «Recibiréis la fuerza del Espíritu santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8). El Señor, al darles el Espíritu de parte del Padre, a través de sus manos llagadas y gloriosas, les ha dado el don, compartido en dones

distintos. Pablo ha visto este acontecimiento en toda su hondura. «A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia, a la medida de los dones de Cristo. Por eso dice: subiendo a las alturas se llevó cautiva a la cautividad y repartió los dones a los hombres... Este que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llevar el universo a plenitud. El mismo «dio» a unos el ser apóstoles; a otros profetas; a otros evangelizadores; a otros doctores y maestros... para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 7-13). El Padre, por medio del Señor entronizado, en la fuerza del Espíritu, ha dado a todos los hermanos de su familia el don de su amor, que los radicaliza en la igualdad de la filiación y de la fraternidad y al tiempo les diversifica y complementa en la multiplicidad de los carismas y servicios (1 Cor 12, 1-30). De todas formas Pablo presenta y acentúa al pequeño grupo de hermanos, que han recibido sobre todo los dones que más inmediatamente edifican la comunidad en el servicio del *Kyrios*: los apóstoles, los profetas, los maestros, los responsables, los servidores de los pobres (1 Cor 12, 27-28). Por los caminos de Galilea, alcanzábamos a ver al grupo de hermanos, discípulos y apóstoles que compartían con Jesús la tarea de reunir la iglesia para el reino. Ahora descubrimos la misma imagen, pero con más hondura. Para decirlo desde la perspectiva de Juan: el ser de Jesús se deja entrever en el Jesús terreno, pero sólo se manifiesta plenamente cuando ha resucitado y ha sido entronizado y sólo se da a conocer manifiestamente cuando da su Espíritu a sus discípulos. En este sentido la pequeña fraternidad de Jesús, antes de que él atravesara la pascua era una prefiguración, un anticipo que se manifiesta y plenifica cuando el Resucitado le da el aliento de su Espíritu (Jn 20, 22). «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16, 13). En la perspectiva de Pablo es ahora cuando la pequeña fraternidad ha recibido sus dones distintos, para sus distintos servicios. Como en los caminos, también ahora todos los hermanos son amados y agraciados, pero unos pocos son amados y agraciados para ser entregados en servicio a la familia entera y para su inmediata edificación en el Señor.

«En primer lugar los apóstoles» (1 Cor 12, 28; Ef 4, 11). A los doce, elegidos entre los discípulos, les envía Jesús diciendo: «Id proclamando que el reino de Dios está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios» (Mt 10, 7-8). Les encarga su misma tarea de palabra y de obra. Les da la fuerza de su poder (Mt 6, 7; Lc 10, 9), que supone la posesión del Espíritu (Mt 12, 18 par; Lc 11, 20). El servicio de los apóstoles en último término es representar a Jesús. Es Jesús mismo quien en ellos se presenta y se da (Mt 10, 40; Lc 10, 16). Las perspectivas prepascuales y postpascuales

se implican y transfunden. Pablo empalma así profundamente con la tradición evangélica. Cristo, el Señor, que actúa en el Espíritu, es el carisma originario, que nos ha sido dado por el Padre (Rom 6, 23). El Padre se ha dado a sí mismo en todo lo que tiene y en todo lo que es, dándonos a su Hijo, entregándolo como Cristo y entronizándolo como Señor. Pero, porque el Señor es el Espíritu, el carisma del Hijo se nos da en el carisma del Espíritu, el don del don, el don en el que se actúa el don. Al repartir el Señor sus dones en el Espíritu para reunir la iglesia y llevar a plenitud el universo, ha constituido en primer lugar a los apóstoles. El apóstol ha sido llamado y enviado por el Padre (Gál 1, 15; 2 Cor 2, 14; 3, 6). La elección y misión han sido hechas por el Hijo, son una asociación a la obra del Hijo (Gál 1, 1; Rom 1, 1.2.5; 2 Cor 1, 1; Col 1, 1; Ef 1, 1). Pero la actuación de esta obra de servicio apostólico acontece en el Espíritu (2 Cor 3, 8; 3, 17; 1 Cor 2, 10). En la encrucijada entre la entrega del don del Padre, por el Hijo, en el Espíritu, y la acogida y la comunicación de este don, para edificar la iglesia hacia el reino, se encuentra el carisma y el servicio de los apóstoles.

El apostolado es un don para servir a la presencia del mismo Señor en su Espíritu. No es extraño, pues, que el carisma y la *diakonía* del apóstol estén profundamente configurados con Cristo, que se hace presente en él para su comunidad hacia la realización del reino. El apóstol de Cristo es, en primer lugar, *un testigo*. Los primeros apóstoles y Pablo, vieron al Resucitado (1 Cor 15, 5-7; Gál 1, 15). Lo que inicia el servicio apostólico es una persona que sale al encuentro, Jesús el Cristo, que resucitado para gloria del Padre y entronizado a su derecha, inaugura en su iglesia la plenitud de los tiempos (1 Cor 15, 3-8). El apóstol es así constitutivamente un testigo del Resucitado para la comunidad del resucitado, que va camino del encuentro final en su venida para la consumación del reino. Los apóstoles anunciarán al Señor, que han visto con sus ojos, que han escuchado con sus oídos y que han palpado con sus manos (1 Jn 1, 1-3; Hech 4, 20; 26, 16). Según Lucas, a la hora de sustituir a Judas, se buscó un testigo «de entre los hombres, que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fue llevado. Uno de ellos sea constituido con nosotros, testigo de su resurrección» (Hech 1, 21-22). Pero la revelación es al mismo tiempo encargo y misión. El apóstol es, en segundo lugar, *un enviado*. «Id a todos los pueblos», «a la creación entera», «hasta los confines de la tierra» (Mt 28, 19; Mc 16, 15; Hech 1, 8). El Resucitado, al llamar, obliga a dar y a proclamar el testimonio (Gál 1, 15; Rom 10, 15). Ser apóstol consiste en ser misionero, en anunciar a todos los hombres y al universo lo que se realiza en Cristo. Enviar (con el transfondo de *schaliach*) significa enviar con poder. El envia-

do está encargado y autorizado para el evangelio (1 Cor 1, 17). Por eso el apóstol es, en tercer lugar, *un representante*. «El enviado de un hombre es éste mismo» (*Berach* 5, 5). «El que recibe a vosotros me recibe a mí y el que me recibe a mí, recibe a aquél que me ha enviado» (Mt 10, 40; Lc 10, 6). Cristo actúa y habla en Pablo (Rom 15, 18; Gál 2, 20; 1 Cor 1, 5; 2 Cor 2, 17; 13, 3; 5, 20). El apóstol, es constitutivamente, re-presentante, lugar-teniente de Cristo. Su carisma y su servicio es la *re-praesentatio Christi*. Pero no hace presente, sustituyendo a Cristo, sino que Cristo se hace presente actuando y hablando inmediatamente en él. La mediación no es interponerse, sino presencializar en la inmediatez; no consiste en ocupar su puesto, sino en posibilitar que Cristo en él se visibilice y mantenga su presencia. Es así, en último término, lugar de manifestación del Señor en su palabra y en su obra (Gál 1, 15; 2 Cor 1, 19). En último término el Señor ha llamado a los apóstoles para darse él mismo a sus hermanos en el don de sí mismo.

En la pequeña fraternidad hay además otros dones y servicios. No es el apóstol ciertamente el que los reparte y confía, para que le ayuden en su tarea. Conviene subrayar esto enérgicamente. En la pequeña fraternidad, como veremos después, no hay una «dirección clerical». Es el Padre, por manos del Señor, en la unidad del Espíritu, quien reparte directamente estos dones, según su beneplácito. La iglesia entera es carismática. También lo es por tanto la pequeña fraternidad, pero sus carismas serán sobre todo para el servicio y edificación inmediata de la familia en torno a la mesa, por los caminos del reino. El don del amor, es decir, la entrega que el Señor hace de sí mismo por manos de los apóstoles, exige la proclamación, la explicación, la acogida, la comunicación y la irradiación al mundo. Los hermanos están sentados en la mesa, término y punto de arranque de su marcha. Allí junto a los apóstoles, aparecen los profetas (1 Cor 12, 18; Ef 4, 11; cf. 1 Cor 14, 3.24-25). Estos hermanos ven la marcha de la historia a la luz del Señor, que está sentado a la cabecera de la mesa y que va caminando delante de ellos por el mundo, abriendo las sendas del reino. Los profetas ayudan a los hermanos a comprometerse y ellos mismos se comprometen a realizar las exigencias en imperativo del don que han recibido. Leen los acontecimientos de la vida, sobre todo aquéllos donde resuenan los dolores de la creación y apuntan con el dedo por dónde deben ir los caminos de la comunión y de la lucha. Otros hermanos, que se llaman «maestros» (1 Cor 12, 28) aportan su reflexión, para que el anuncio y el camino sea fiel a la palabra de Jesús, que se ha transmitido, y evitando toda clase de fabulaciones, se abra un sendero coherente con el del Señor. Pero hay además otros dones, que sirven para anticipar cualificadamente la mesa del reino y expresarla en el mundo. Los que se sienten

llamados al cuidado solícito de los hermanos (1 Tes 5, 12; Rom 16, 3; 1 Cor 16, 15 s) y sobre todo los que en medio de la fraternidad se consagran al servicio de los pobres (Hech 6, 1 s). «El que da con sencillez, el que preside con solicitud, el que ejerce la misericordia con alegría» (Rom 12, 8b). Son los que cuidan de los abandonados, de las viudas, de los huérfanos, de los esclavos y extranjeros y lo hacen con entrañas de misericordia, compartiendo con ellos lo que tienen y son. Es común que se den unidos el servicio de la palabra y de los pobres (Flp 1, 2) y que sean además estos hermanos los que presidan a todos en la caridad en nombre del Señor, cuando falta el apóstol o cuando más tarde ha de transmitirse su misión.

La pequeña fraternidad que vimos en los caminos recibiendo de Jesús distintos encargos y tareas, es la misma que ahora recibe del Señor distintos carismas y servicios. El ha llamado a los apóstoles, para hacerse presente a sí mismo, dando el don de sí mismo en la palabra, el pan y el camino. Pero él ha llamado también a los demás hermanos y les ha encargado sus dones y servicios, que expresan y completan el don de sí mismo, en las múltiples tareas de reunirlos, darles la palabra, curarles las heridas y arrancarles las cadenas. Ninguno de los hermanos puede agotar el gesto entero del don del Señor, y en torno al gesto apostólico del mismo Señor todos se ven remitidos originariamente a conjuntarse y completarse. Unos a otros se necesitan, para que cada hermano pueda dar y expresar el don que el Señor quiere realizar a través de sus manos. Por eso toda la fraternidad es apostólica, profética, diaconal y militante para que el Señor, dándose por entero en el don de su Espíritu, expresado en múltiples dones y servicios, edifique la iglesia hacia el reino. Los dones son extáticos, Cada hermano al recibir el suyo, ha de acogerlo en acción de gracias y compartirlo en gratitud. Por eso la pequeña fraternidad apostólica llamada por el Señor a ejercer su mismo servicio para la edificación de la gran familia en la mesa común está constitutivamente remitida más allá de sí misma. De ser algo es una «primicia», en favor de la madurez en plenitud de la muchedumbre innumerable de hermanos que han de ser congregados en la mesa de la familia grande, para avanzar la llegada del reino.

4. *Para servir a la familia en torno a la mesa*

Cuando Jesús recorre los caminos y llama a los discípulos a seguirle de cerca, y cuando les constituye apóstoles, esta llamada y esta misión son en orden a congregar al nuevo pueblo de Dios para que se reúna en su reino. El grupo de discípulos y apóstoles tiene, pues, un carácter de mediación y servicio. «Los doce», más en

concreto, no sólo son la representación del Señor, sino también la «representación del pueblo», o, para decirlo más exactamente, la representación del Señor en medio de su pueblo, en el que se ha iniciado el reino que pronto se consumará. «Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis en mi mesa y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22, 29-30). «Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt 20, 28). Efectivamente, cuando el Señor aparece en su gloria, después de haber reunido al pueblo en torno a la mesa del reino, ellos también compartirán su señorío, como ahora, en el camino, comparten su servicio. Jesús es el siervo humilde (Mt 12, 15-21) y entregado (Mc 10, 45) a quien el Padre ha dado el encargo de empezar a reunir ya ahora la familia de hermanos para la llegada del reino. Los apóstoles y discípulos son tan sólo los últimos servidores, que hacen presente al último Servidor, compartiendo con él el servicio de edificar inmediatamente la iglesia para la llegada del reino.

Están al lado del Señor, cuando anuncia su palabra. Al predicar el reino, sus discípulos y apóstoles están junto a él y le ayudan con su testimonio y su servicio a que el pueblo acoja el evangelio (p. e. Mc 3, 7-12). Más aún. El mismo les confía la misión de anunciarlo. «Llamó a los doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3, 14). «Comenzó a enviarles de dos en dos... Y yéndose de allí predicaron» (Mc 6, 7-12). «Id proclamando que el reino de Dios está cerca» (Mt 10, 7; 4, 17). «Decidles: el reino de Dios está cerca de vosotros» (Lc 10, 9). A través de las manos de los apóstoles y discípulos llega al pueblo la palabra. Pero también están junto al Señor, cuando parte el pan. «Díceles Jesús: “¿cuántos panes tenéis?”». Ellos dijeron: “Siete y unos pocos pececillos”. El mandó a la gente acomodarse en el suelo. Tomó luego los siete panes, los peces y, dando gracias, los partió e iba dándoles a los discípulos, y los discípulos a la gente» (Mt 15, 34-36). Así sucederá siempre, en la mesa donde él parta el pan y la copa. «Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos dijo: “Tomad, comed, éste es mi cuerpo”. Tomó luego una copa y, dando las gracias, se la dio diciendo: “Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”» (Mt 26, 26-28). Pero después les encarga que hagan ellos este mismo gesto con los hermanos. «Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11, 23). El mismo Señor dará, por manos de los apóstoles, su «cuerpo entregado» y su «sangre derramada» a sus hermanos en la mesa. Los discípulos y apóstoles están también al lado del Señor

cuando indica el camino y alienta a seguirlo. «Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron» (Mt 5, 1). Les va a hablar de la senda de las bienaventuranzas, el camino hacia el reino. En torno a él, están los que le seguían de cerca, los que ya estaban intentando hacer este mismo camino. Son testigos de la aventura emprendida. «Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6, 20). Más tarde serán ellos los que enseñen a los hombres a «guardar» todo lo que el Señor ha mandado (Mt 28, 20), yendo ellos delante en el testimonio del servicio (Mt 10, 8). El Señor, por manos de los apóstoles, reúne a la familia de los hermanos en torno a la mesa del reino inaugurado, donde les sirve dándose a sí mismo en la palabra, el pan y el camino. La pequeña fraternidad apostólica está sirviendo a la edificación de la iglesia hacia la consumación. Está poniendo los cimientos (Mt 16, 18; Ap 21, 14).

También para Pablo el carisma de los apóstoles está destinado a la constitución y edificación de la iglesia. Ellos ponen el fundamento (1 Cor 3, 10; Rom 15, 20). La fundamentación, en último término, es una obra que realiza el Padre por manos del Señor con la fuerza del Espíritu. Consiste en que el Padre entrega a su Hijo en medio del mundo, en medio de la comunidad, como primogénito, que la constituye en familia de hijos y hermanos, en la comunión de su Espíritu, inaugurando así la mesa del reino. Los apóstoles prestan sus manos para que se realice y se visibilice este don del carisma originario, que es la radical fundamentación de la iglesia. Así la iglesia se constituye «en ellos» o más bien «por ellos», por la acción del Señor en el Espíritu, realizada a través de sus manos. El fundamento que ponen los apóstoles es el que ya estaba puesto. Su servicio es una mediación para la inmediata presencialización del Señor entre los suyos. No es extraño, pues, que las principales tareas del apóstol en la comunidad sean aquéllas, y sobre todo aquéllas en las que el mismo Señor se da a sí mismo a los suyos. En primer lugar, la proclamación del evangelio (1 Cor 15, 3-5), pues en ella es el mismo Señor quien llama y congrega a los suyos, compartiéndoles su Espíritu. En segundo lugar, la cena del Señor (1 Cor 11, 17-27), donde le prestan sus manos para que el Señor mismo de a los hermanos su Espíritu, en el pan y en la copa que se comparten. En tercer lugar, en el aliento para el camino (p. e. Rom 12, 1 s), pues entre las manos del apóstol se transparen las manos del Señor, que alientan a los suyos en el Espíritu a seguir los caminos del reino por los enclaves de la historia. Ahora comprendemos por qué el carisma apostólico es en realidad el primero. Es tal la presencia del Señor en él, y su entrega por medio de él a su iglesia, que el carisma y el servicio de los apóstoles, en último término, es la mediación para la presencia inmediata, la transparencia para la

aparición inmediata del Señor que preside la mesa y comparte a los suyos el amor de su Espíritu. Entre las manos de los apóstoles el Señor se da inmediatamente a los suyos y los suyos son llamados a darse inmediatamente a él.

Pero el Señor, además, reparte sus dones a todos y a cada uno de los hermanos para que juntos expresen este mismo amor suyo, que les da. El don último y total de sí mismo, que él (por manos de los apóstoles) entrega a la familia entera, reunida en esta mesa, en camino hacia la mesa definitiva, se expresa por entero en muchos gestos de amor y de servicio. Por esto, junto al apóstol, todos los hermanos son carismáticos y tienen algo que aportar a la mesa común, los dones del Señor convertidos en servicios. Así junto a los apóstoles, están aquellos hermanos que el mismo Señor dio a los apóstoles para compartir su obra. El los llamó con «llamada absoluta», para que se entregaran por entero a él, entregándose por entero al servicio de sus hermanos en la mesa. Se trata de los dones que expresan con mayor transparencia y plenitud el don que el Señor hace de sí por manos de los apóstoles, para reunir inmediatamente la comunidad hacia el reino. A unos les puede haber confiado el don de la palabra para ser evangelizadores, catequistas y maestros. A otros, el don del servicio a los pobres, de la acogida a los desvalidos, de la curación de los enfermos. A otros el don de la profecía y de la militancia para afrontar las exigencias del evangelio y afrontarlas en su nombre. A otros tal vez el don de la acogida para recibir a los hermanos y prepararles la mesa común (1 Cor 12, 28-29; Rom 12, 6-13; Ef 4, 11). En este sentido estos hermanos son también apóstoles. No prestan sus manos al Señor para que él mismo se de a sí mismo en su último don, pero sí se las prestan para que él mismo les de los dones que expresan e irradian aquel último y único don. El mismo Lucas, que prefiere restringir el nombre de apóstoles, solo a los doce, cuenta que el Señor mandó a setenta y dos discípulos con tareas semejantes y complementarias (Lc 10, 1). Pablo, que reconoce la primacía y singularidad de «los doce», cuenta también que el Señor resucitado «se apareció después a más de quinientos hermanos a la vez... más tarde a todos los apóstoles» (1 Cor 15, 6-7). Por eso no duda en llamar a Andrónico y Junias, que compartieron con él la obra del evangelio, «insignes entre los apóstoles» (Rom 16, 7). Y cuando los hermanos han visto confirmado el encargo del Señor por el encargo de la comunidad (p. e. *Epafrodito Fil.* 2, 25), les llama también «apóstoles de la iglesia» (2 Cor 8, 23). Para decirlo con una expresión del mismo Pablo, la pequeña fraternidad apostólica aparece así como el grupo de hermanos que se allegan juntos al Señor, que maduran antes como primicias y que el Señor ha puesto y entregado al servicio de todos para realizar su obra (1 Tes 5, 12; Gál 6, 6; 1 Cor 16, 15; Flp 2, 29-30).

La fraternidad apostólica es constitutivamente extática. El Señor se rodea de un pequeño grupo de hermanos, para reunir a la multitud en la mesa del reino del Padre. Por ello, el pequeño grupo que el Señor ha acercado más a sí, es para entregarlo más en su misma entrega. «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida en rescate por muchos» (Mc 10, 42-45). La pequeña fraternidad es un grupo de criados y servidores. Sólo y exclusivamente esto: criados y servidores. Pero es muy importante subrayar que su servicio es la presencia y la transparencia inmediata del Señor, como siervo. El mismo se lo dijo en la mesa, cuando parecía que ya no eran siervos, sino hermanos y amigos (Jn 15, 15). «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22, 27) y después de lavarles los pies, les dice: «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es el siervo más que el amo, ni el enviado más que quien le envía» (Jn 13, 15-16). Los apóstoles son ahora los «siervos de Cristo» (Rom 1, 1; Gál 1, 10; Flp 1, 1; cf. Tit 1, 1). Su carisma es la radical y absoluta relacionalidad. Ellos son sólo presencia del Señor que, como siervo, va reuniendo en la mesa a la familia entera de los hermanos y va convirtiendo la tierra en la mesa común del Padre, donde los más pequeños han encontrado la preferencia misericordiosa y entrañable. Por ser siervos del Siervo, son siervos de la familia, criados de servidumbre para la mesa del compartir. Son todavía más pequeños que los hermanos: siervos de los siervos en realidad de verdad. Lo único que importa es que el Señor, aparecido inmediatamente a través de sus manos en la palabra, el pan y el servicio, allegue a sí en el mismo Espíritu, a la familia grande de la iglesia y la conduzca tras de sus pasos, con el aliento de su mismo Espíritu, hacia el reino del Padre.

La fraternidad apostólica, está destinada a difundirse en la multitud mientras el mismo Señor la va congregando en la comunión de su amor. La pequeña fraternidad es para la fraternidad entera de todos los hermanos. Sólo el Señor preside. Sólo él comparte. Sólo él conduce. Sólo él alienta. El «poder» de los apóstoles (2 Cor 10, 8; 13, 10) consiste solamente en proclamar su único señorío, en donde el Espíritu crea la comunidad para el reino. Por eso, cuando al volver a los orígenes, hablamos de fraternidad apostólica, estamos escapando por las entrañas mismas de la iglesia a la alternativa que la historia de ayer y de hoy quisiera plantear: o «clericalismo» o «comunitarismo». En las primeras comunidades, no hay una casta clerical. Ni siquiera en las de la época postapostólica, que se reflejan en las pastorales.

Siempre el grupo de los apóstoles y los que le suceden, tienen como única misión ser representantes del Señor, consentir fielmente en que él mismo se de a sí mismo en la palabra, en el pan y en el camino. La fraternidad apostólica es un servicio para la reunión de todos los hermanos, que caminan y caminarán tras el Señor. Es como las transparencias de sus manos humildes y fuertes de siervo que les ayudan a reunirse, a compartir y a caminar por los caminos del reino. La fraternidad apostólica potencia la comunidad, allegándola al Señor, entrelazándola entre sí, ayudándola a caminar por sus huellas. Pero, por otra parte, en las primeras comunidades, la marcha no depende de un proceso democrático de autogestión. No es la comunidad la que de suyo elige a los apóstoles, marca los caminos y decide los pasos. En medio de todos, por encima de todos, al servicio de todos, está el Señor repartiendo los distintos dones y servicios, incorporándoles a todos en un mismo cuerpo con un mismo Espíritu (1 Cor 12, 1-31), donde lo que cuenta en último término es esta llama de amor viva (1 Cor 13, 1-13) que el Señor alienta en su iglesia para conducirla al reino. «Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al hombre perfecto, en la medida de plenitud de Cristo» (Ef 4, 13). Para esta tarea el Señor ha puesto a los apóstoles en la comunidad, ayudados, alentados y corregidos por ella, pero también frente a ella, en tanto en cuanto son presencia de él mismo, que en ellos se transparenta como cabeza y primogénito de los hermanos, desde el don y la exigencia del evangelio, el pan y el camino.

La fraternidad apostólica no es una iglesia en la iglesia. No es un carisma que hace una comunidad, frente a otra comunidad. *Su identidad es la misión apostólica en su unánime pluriformidad.* Es decir, la transparencia del mismo Señor que va reuniendo a sus hermanos y preparando la mesa común del reino. *Su servicio es una mediación para la absoluta inmediatez del Señor entre los suyos.* Para decirlo en sus mismas palabras, es un poco de luz destinada a difundirse en las sombras y transfigurarlas en luz. Es un poco de levadura destinada a dispersarse y disolverse en la masa entera, hasta que toda ella fermenta. *Todos los hermanos reunidos en la pequeña fraternidad tienen como única misión y servicio, desde sus dones distintos, la re-presentatio Christi. Son los servidores para que se visibilice la única y soberana presencia del Señor, que llama a los suyos y los allega a sí, en la unidad del Espíritu. Por ello son los servidores de la unidad de todos pues, al allegarse todos al Señor, relativizando en absoluto toda mediación, ayudan a que se unan entre sí con el vínculo más estrecho de la comunión, hasta llegar a ser todos un cuerpo y un espíritu. Por fin, al servir a la edificación en la iglesia, posibilitando que el mismo Señor la reúna, en la unidad, son servidores de su peregrinación en el mundo. Su*

servicio será transparencia del Señor, que alienta a su iglesia a salir fuera de sí, para congregar a la humanidad entera en su familia y transformar el universo entero en la mesa común de su Padre. Lo único que pretende, pues, la pequeña fraternidad de los apóstoles es dejar que aparezca la piedra angular, que ya estaba puesta: Cristo, el Señor, en la fuerza poderosa de su Espíritu. Al trabajar para que sólo el Señor aparezca y reúna y aliente, ellos mismos se hacen también piedras de edificación, las piedras escondidas que están abajo, en los cimientos, soportando el edificio entero y posibilitando que todas las demás piedras se ensamblen confluyendo en la única clave de bóveda, que es el Señor para gloria del Padre.

La pequeña fraternidad no es más que transparencia y visibilización del último gesto de amor y de servicio del Señor que reúne a su iglesia para el reino. Jamás puede separar, ni disgregar, ni enfrentar a los hermanos. Jamás puede totalizar ni absolutizar el evangelio en «su ideología» o en «su mística». Jamás puede apropiarse a su Señor. Por eso, su vida entera es sólo aliento del aliento que alienta, luz de la luz que hace arder, fermento del fermento que hace fermentar. Consiste tan sólo en ser de formas distintas representación del Señor para continuar su obra. Por eso sólo desde su absoluta relacionalidad al Señor en su iglesia hacia el reino, se puede diseñar su camino.

5. *Acogiendo, compartiendo y sirviendo su amor.*

La pequeña fraternidad apostólica, desde los días de Pentecostés, se puso a recorrer los caminos del mundo. El Señor les había enviado «de dos en dos» (Mc 6, 7; Lc 10, 1). Por una parte, para afrontar el riesgo del testimonio, por las sendas del mundo amenazadoras en ocasiones, peligrosas siempre. Pero, por otra parte, les envió así para la plenitud del mismo testimonio (Dt 17, 6; 19, 15). Era la proclamación de la buena noticia, que cuando la anunciaban y la hacían en común, se presentaba en toda su fuerza. «Los envió de dos en dos delante de su rostro a todas las ciudades y sitios a donde él había de ir» (Lc 10, 1). Eran sencillamente precursores de su presencia, mensajeros de su palabra, portadores de su gesto. Pero esta radical adhesión a su persona y a su misión, les unía también entre sí con lazos entrañables. ¿Podríamos adentrarnos en la vida íntima de aquellos pequeños grupos de apóstoles? Lo intentaremos recorriendo los distintos acentos del nuevo testamento, todos ellos enunciados y escritos a la luz de la pascua.

a) *Contemplando por dentro la pequeña fraternidad*

Por de pronto, el testimonio más directo que conservamos es la fraternidad apostólica de Pablo. «Había en la iglesia fundada en Antioquía profetas y maestros: Bernabé, Simeón llamado Níger, Lucio el Cirenense, Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu santo: "Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado". Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron» (Hech 13, 1-3). El relato contiene un trasfondo histórico. Antioquía es una comunidad misionera, como lo fue Cafarnaún en Galilea. De ella parten los mensajeros a la misión. Es el Señor quien llama y envía en el Espíritu, pero también los hermanos consienten y envían. Pablo sale con Bernabé por los caminos de la *ecumene* (cf. 1 Cor 9, 6). La pequeña fraternidad tiene sus dificultades y a veces tiene que rehacerse. «Bernabé tomó consigo a Marcos y se embarcó rumbo a Chipre; por su parte Pablo eligió por compañero a Silas y partió, encomendado por los hermanos a la gracia de Dios» (Hech 15, 39-40). Llegaron a Listra: «Había allí un discípulo llamado Timoteo... Pablo quiso que se viniera con él» (Hech 16, 1-3; cf. 17, 14 s; 18, 5; 19, 22; 20, 4). Estos datos coinciden sustancialmente con los que ofrecen las cartas paulinas. La pequeña fraternidad apostólica de Pablo la forman en principio tres hermanos: él, Silvano y Timoteo (1 Tes 1, 1; 2 Tes 1, 1; 2 Cor 1, 1 a). Pero más propiamente son dos: Pablo y Timoteo, «siervos de Cristo Jesús» (Flp 1, 1). Pablo tiene a Timoteo como «colaborador» (1 Tes 3, 2; 1 Cor 16, 10; Rom 10, 21), como «hermano» (1 Tes 3, 2; 2 Cor 1, 1; Flp 1, 1; Col 1, 1), más aún, como «hijo». «Hijo mío querido y fiel en el Señor» (1 Cor 4, 17). «Pues a nadie tengo de tan iguales sentimientos que se preocupe sinceramente de vuestros intereses, ya que todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús. Pero vosotros conocéis su probada virtud, pues como un hijo junto a su padre ha servido conmigo en favor del evangelio» (Flp 2, 20-23).

Esta fraternidad profunda e inquebrantable, está abierta a todos los que quieran entregarse de lleno a la obra del Señor. Pablo habla de los hermanos que a temporadas y en ocasiones están con él (Gál 1, 2). A veces vemos a Sóstenes, «hermano» (1 Cor 1, 1), otras a Tito, «mi hermano» (2 Cor 2, 13), que le ayuda mucho en la colecta para los pobres de la comunidad de Jerusalén (2 Cor 7, 6; 8, 16) otras a Apolo, regando con su sabiduría bíblica, la comunidad de Corinto que Pablo plantó (1 Cor 3, 5) otras a Epafrodito, «mi hermano, colaborador y compañero de armas» (Flp 2, 25) que, enviado por la querida comunidad de Filipo para echarle una mano, estuvo a punto de morir por la obra de Cristo (Flp 2, 30; cf. 4, 18); otras a Epafras «nuestro querido

consiervo y fiel ministro de Cristo» (Col 1, 7); otras a Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, «mis colaboradores» (Flm 24); otras a un hermano que le envían las iglesias para compartir con él el servicio (2 Cor 8, 18 s). Pero también conocemos a otros hermanos, que trabajaban en fraternidad, en distintas comunidades. A Estéfanos, Aquila y Priscila en Corinto (1 Cor 16, 15-19), a los «obispos y diáconos» (Flp 1, 1) que en Filipos se verían ayudados por Evodia, Síntique y Clemente, colaboradores cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (Flp 4, 3); a Filemón, amigo y colaborador, a la hermana Apfia y a Arquipo, «nuestro compañero de armas», que junto con la iglesia de su casa trabajan en la obra del Señor en Colosas (Flm 1, 2). Con estas relaciones fraternales, construirán después las pastorales el cuadro de las relaciones entre Pablo, Timoteo y Tito según el propósito teológico pastoral que pretenden.

De todas formas, la fraternidad apostólica es grande. Muchos de los hermanos, trabajan anónimos en la obra del Señor. Pablo, con su aguda sensibilidad, nos ha trazado un cuadro memorable en la despedida de Rom 16, 1-16: «Os recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia de Ceneceas; recibidla como cristianos, como corresponde a gente consagrada; poneos a su disposición en cualquier asunto que necesite de vosotros, pues lo que es ella se ha hecho abogada de muchos, empezando por mí. Recuerdos a Prisca y Aquila, colaboradores míos en la obra de Cristo Jesús; por salvar mi vida se jugaron la cabeza, y no soy yo sólo quien les está agradecido, lo mismo todas las iglesias del mundo pagano. Salud a la comunidad que se reúne en su casa. Recuerdos a mi querido Epéneto, primer fruto de Asia para Cristo. Recuerdos a María, que ha trabajado tanto por vosotros. Recuerdos a Andrónico y Junias, paisanos míos y compañeros de prisión, que son apóstoles insignes e incluso fueron cristianos antes que yo. Recuerdos a Ampliato, mi amigo en el Señor. Recuerdos a Urbano, colaborador mío en la obra de Cristo, y a mi querido Estaquis. Recuerdos a Apeles, que ha dado pruebas de ser todo un cristiano. Recuerdos a la familia de Aristóbulo. Recuerdos a Herodión, mi paisano. Recuerdos a los cristianos de la casa de Narciso. Recuerdos a Trifena y Trifosa, que trabajan duro por el Señor. Recuerdos a mi amiga Pérside, que ha trabajado tanto por el Señor. Recuerdos a Rufo, ese cristiano eminente, a su madre, que también lo es mía. Recuerdos a Asíncrito, a Flegonta, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a los hermanos que viven con ellos. Recuerdos a Filólogo y a Julias, a Nereo y a su hermana, a Olimpo y a todos los consagrados que están con ellos». Así de grande y abierta era la fraternidad apostólica, en la que Pablo trabajaba.

Las coordenadas que enmarcan la fraternidad apostólica, son la «absoluta llamada» del Señor, para darse en «absoluta respuesta» a la

«entrega absoluta» del servicio a la iglesia hacia el reino. Cuando usamos estas expresiones, queremos evitar de raíz la mitificación de las primeras fraternidades apostólicas como comunidades de «perfectos seguidores del Señor». Sin duda los *Hechos de los apóstoles*, escritos desde la segunda generación cristiana, han subrayado los trazos de la idealización. Las cartas de Pablo, en cambio, junto con los materiales pre-sinópticos nos ofrecen datos más aproximados y dibujan en claro-oscuro los perfiles de aquellos primeros grupos de apóstoles. Algo hay, sin embargo, de esencial y común. Han sido llamados por el Señor para seguirle de cerca, relativizando todo, hasta su propia vida y esta llamada es para servir inmediatamente, sin condiciones, a la familia de su iglesia, que él mismo congrega hacia el reino. Cuando decimos absoluta llamada, respuesta y entrega, no estamos evaluando su plenitud sino su carácter de único absoluto, que todo lo relativiza por la causa del evangelio. Por eso las primeras fraternidades son anticipación, prototipo, paradigma de la iglesia entera. No por su perfección, sino por su propósito de crear, amar y esperar desmedidamente. El grupo apostólico desde su respuesta aparece como núcleo de la iglesia en dos dimensiones. Por una parte, ésta se funda en la fe. Ellos son los que creen ostensiblemente, los que escuchan demostrativamente y los que se declaran por el Señor abiertamente. Pero, por otra parte, la iglesia se funda en la fe que actúa por el amor. Ellos son los que anuncian libremente, los que sirven gratuitamente, los que luchan esforzadamente, los que esperan desmedidamente. Si la iglesia del Señor es la comunidad de la fe, para el servicio del amor, en la lucha de la esperanza, la fraternidad es el «pequeño fermento», llamado por la gracia, seducido por la gracia y cuyo camino es un servicio y una alabanza en gracia. Gracia que se acoge, se comparte y se sirve. Gracia que se hace alabanza de gloria. En favor de todos, para la reunión y edificación de todos. «Por la gracia de Dios soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Al contrario he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios, que está en mí» (1 Cor 15, 10).

b) *Acogen juntos el amor del Señor*

El itinerario de la fraternidad apostólica se enmarca en el camino de Jesús, el Señor, que va reuniendo su iglesia hacia la consumación del reino. Toda su comunión entera es extática, como la del mismo Señor, a quien hace presente. Todo su caminar está vivido, aun dentro de los distintos carismas, desde el gesto central del mismo Señor: «Padre, aquí estoy, por ellos, para alabanza de gloria de su gracia». Por eso la fraternidad vive una existencia apostólica. Todo lo

que recibe y acoge, lo comparte en orden al servicio de la iglesia en el mundo para el reino. Jesús, el Señor, en su Espíritu, está en el centro, es el centro mismo de su comunión. Por él, con él y en él, oran. Por él, con él y en él, comparten. Por él, con él y en él sirven. Y todo ello, de suyo, para reunir a la multitud en la gran familia de hermanos y para avanzar ya en el universo la mesa de la libertad y de la justicia, donde ya no haya lágrimas.

La pequeña fraternidad es tan sólo presencia de la mano extendida del Señor que, desde el Padre, en la unidad del Espíritu, pretende reunir a la multitud de los hermanos en la mesa grande del reino. Todo en la pequeña fraternidad es provisional y relacional. Los hermanos acogen el amor del Señor en la palabra y en la cena, para posibilitar que todos lo acojan. Los hermanos comparten el amor del Señor en la comunión de vida, de bienes y de dones, para posibilitar que todos lo acojan. Los hermanos sirven el amor del Señor en el anuncio de la palabra, el servicio de los pobres y la lucha por la justicia, para posibilitar que todos le sirvan. Los hermanos padecen en la pascua el amor del Señor para posibilitar que todos los hermanos se asocien a la travesía de su muerte y de su resurrección. Y todo ello al tiempo, dentro y fuera. Acogen, comparten, sirven y padecen el amor hacia dentro, al tiempo que extienden sus manos para que todos los hermanos lo acojan, lo compartan, lo sirvan y lo padezcan. Cuanta más comunión, tanta más irradiación. Así es como expresan y visibilizan la mano enteramente abierta del Señor, que reúne su iglesia hacia el reino por sus mismos caminos.

La vida de la fraternidad apostólica parte de la experiencia viva del Señor. Les llamó «para que estuvieran con él» (Mc 3, 14). Ellos lo dejaron todo para seguirle a él, para vivir de él, para esperarlo todo y sólo de él. Por eso la cercanía de la intimidad les fue desvelando su rostro. Le amaban, pero pronto se dieron cuenta de que eran amados por él (1 Jn 4, 10; Rom 5, 8). En el rostro de Jesús, vieron el rostro del «Hijo amado» del Padre (Mc 9, 7), el rostro del Padre, que en él les amaba (Jn 14, 9-11) y les iluminaba con su gloria (2 Cor 4, 6). Más aún, cuando, resucitado de entre los muertos, salió a su encuentro, les alentó el Espíritu (Jn 20, 22), derramándolo en sus corazones, para adentrarlos en el mismo abrazo que él daba al padre en el aliento de su amor común (Gál 4, 6). «Señor, enséñanos a orar... El les dijo: Padre nuestro... venga tu reino» (Lc 11, 1-2). Sentados en torno a él, les explicaba la palabra, y les daba el pan, dándoles todo su amor. «A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15). «Cuando quedó a solas, los que le seguían a una con los doce, le preguntaban sobre las parábolas. El les dijo: A vosotros se os ha dado a conocer el misterio del reino de Dios». El misterio era él mismo, en su amor. «Dichosos vuestros ojos

porque ven y vuestros oídos porque oyen» (Mt 13, 16). Fue sobre todo en la cena, antes de padecer, en el cuerpo entregado y la sangre derramada, alargados en el pan y la copa, donde descubrieron y acogieron, la anchura, la altura y la profundidad del amor del Señor, para poder después anunciarlo y compartirlo. Para la edificación de la iglesia hacia el reino.

En el encuentro vivo con el Resucitado, es precisamente donde los apóstoles se hacen testigos, para poder ser mensajeros. Cuando han contemplado con ojos iluminados la fuerza poderosa del Padre, que levantó a Jesús de entre los muertos (Ef 1, 17 s), cuando han escuchado la Palabra de vida que es él mismo (Jn 1, 1), y en el Espíritu, se han adentrado en el misterio de su amor crucificado (1 Cor 2, 10 s), entonces es cuando pueden sentarse a la mesa a decir a los hermanos la palabra del evangelio (1 Cor 15, 3-5), a partirles el pan y alargarles la copa (1 Cor 11, 23 s), en donde se alcanza la plena comunión con él, en el gesto último de su amor (1 Cor 10, 16-17). Los apóstoles pueden así ayudar a los hermanos a adentrarse en la oración del *Abba* y del *Marana tha*, del *Fiat* y del *Magnificat*, donde se entreguen arrastrados por el Espíritu a los planes amorosos del reino del Padre (Rom 8, 22-39; Lc 11, 1-13). Por eso la pequeña fraternidad apostólica se convierte no sólo en testimonio de oración, sino en aliento para que la comunidad entera ore siempre en acción de gracias al Señor. «Rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros» (Flp 1, 4). «No os inquietéis por cosa alguna; antes bien en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias, y la paz de Dios que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Flp 4, 6-7).

c) *Comparten juntos el amor del Señor*

La última raíz de una fraternidad apostólica es vivir «en Cristo», es decir, vivir para el Padre con Jesús en la unidad del Espíritu. Porque «donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). Es el mismo Señor quien introduce a los suyos en su misma comunión. Como los sarmientos viven incorporados a la vid (Jn 15, 1-8). «Como el Padre me amó, así también yo os he amado, permaneced en mi amor» (15, 9). «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (17, 21), «para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos» (17, 26). Pero esta comunidad del Padre con Jesús, en el Espíritu, es la que funda la comunión de los hermanos con Jesús en el Espíritu. Con los hermanos de cerca, para amar a los de lejos y ayudar a que fructifique el amor

del Señor. «Este es el mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 12-13). Esta comunidad de discípulos en la perspectiva de Juan es el paradigma de la iglesia entera. Es la fraternidad de los siervos (13, 13-16; 15, 20), de los amigos (15, 14 s), de los hermanos (20, 17), de los «hijitos» (13, 33). Son sin más «los suyos» (13, 1; cf. 10, 14) los que el Padre le ha dado (10, 29) y que le pertenecen a él y al Padre (17, 10). La comunión de la comunidad es en su última raíz un don, el Espíritu.

El camino del compartir lo marcó el Señor, cuando se dio desde abajo, en lo que tenía y en lo que era (2 Cor 8, 9). En la fraternidad no hay grandes, ni jefes, ni maestros. Frente a la comunidad humana donde los que tienen, son los que pueden y saben y enseñan, en la comunidad de Jesús y sobre todo en la pequeña fraternidad de los que le siguieron de cerca, las relaciones de dependencia, creadas por el tener, el poder y el saber deben ser anuladas. «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar «maestro» porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos; ni tampoco llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar directores, porque uno solo es vuestro jefe: Cristo. El mayor entre vosotros sea vuestro servidor» (Mt 23, 8-11). El Señor se hizo el último de los pobres en bajeza y debilidad, y desde el último puesto, sin tener donde reclinar la cabeza, tendrán que vivir y caminar los que le siguen de cerca. Sin dos túnicas, sin dinero en el cinto. Sin posición. Sin poder. Sin sabiduría. En pobreza. En desprecio. En debilidad. En locura. «Pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte. Hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros, necios, por seguir a Cristo; vosotros, sabios en Cristo. Débiles nosotros; mas vosotros fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros despreciados. Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos... Hemos llegado a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos» (1 Cor 4, 9-13). El gesto de encarnación de la pequeña fraternidad será aliento para edificar la iglesia del Señor hacia el reino por los caminos de su encarnación. Los apóstoles, que no tengan oro ni plata, que no tengan más riquezas que el nombre de Jesús, pobre y crucificado, podrán alentar a la familia entera de los hermanos a que se «desclase» de los lugares del poder, a que se despoje de todas sus riquezas y a que se identifique con los últimos, haciéndose iglesia pobre de los pobres, para ser fraternidad universal.

Parece que la pequeña fraternidad de Jesús, que recorría con él los caminos, tenía comunidad de bienes, tenía todas las cosas en común.

Jesús y sus discípulos disponían de la casa de Pedro (Mc 1, 29-31). Las barcas de los pescadores servían también para predicar o descansar (Lc 5, 3; Mt 8, 33-37). Cuando no tenían qué comer, arrancaban unas espigas de los sembrados (Mc 2, 23-28) o unos higos de las higueras del camino (Mt 21, 18-19). Pero solían tener unas provisiones comunes (Mt 15, 24) y hasta una bolsa compartida, donde aportaban lo que tenían. Así lo hacían incluso las mujeres que recorrían con ellos el camino (Lc 8, 3). Judas «tenía la bolsa y se llevaba lo que echaban en ella» (Jn 12, 6). De todas formas, lo que tenían estaba a disposición de todos. Los panes y los peces de la alforja eran para la multitud y sobre todo para cuando lo necesitaban los pobres. «Como Judas tenía la bolsa, algunos pensaban que quería decirle... que diera algo a los pobres» (Jn 13, 29). La comunidad de bienes de la pequeña fraternidad no era el medio seguro para la subsistencia, sino el gesto del compartir abierto a todos, especialmente a los pequeños. Por eso, en los relatos de la iglesia primitiva, los apóstoles son los que alientan esta dinámica del compartir, con los pobres de cerca y de lejos, para que se manifieste en el mundo la equidad escatológica del banquete del reino de los cielos. Pablo y sus hermanos organizan en las iglesias de la *ecumene* el servicio de comunicación de los bienes con los pobres de Jerusalén (2 Cor 8, 1-15). «Al presente, vuestra abundancia remediará también su necesidad, para que la abundancia de ellos pueda remediar también vuestra necesidad y reine la igualdad» (2 Cor 8, 14). «No había entre ellos ningún necesitado porque todos los que tenían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad» (Hech 4, 34-35).

La pequeña fraternidad de Jesús, que recorría los campos, vivía sobre todo en comunión de vida. Los discípulos habían roto con su familia de sangre, pero habían encontrado una nueva fraternidad unida por el amor del Señor. Ahora han recibido «hermanos, hermanas, madre, hijos» (Mc 10, 30). Como no hay amos y esclavos, sino sólo un Señor, un hermano mayor del que todos viven, entonces sus vidas se entrelazan en el camino y en el descanso, en el éxito y en el fracaso, en la acogida y en el rechazo. El amor a Jesús, les hace compartir el destino en común, aportando cada uno lo que es y lo que vive. Se comparte la oración y el trabajo, se dialoga en la intimidad tanto las luces como las sombras, se aceptan en común las limitaciones y las posibilidades, dispuestos a perdonar setenta veces siete. Los pequeños son la gran preferencia y la gran inquietud (Mt 18, 10). Así, junto al Señor, la pequeña fraternidad se prepara para animar en la gran familia de los hermanos la comunión de vida, hasta llegar a tener «un solo corazón y una sola alma». La tarea de la fraternidad apostólica es ayudar a que se edifique la comunidad como cuerpo de

Cristo; ayudar a que se reconozcan todos iguales, porque todos son hijos y hermanos; ayudar a que cada uno reconozca su don y vea que necesita darlo y completarlo en los dones de los demás; ayudar a comprender que los hermanos más pequeños han de ser más amados que los fuertes, porque los miembros más débiles son los más necesarios. Así no habrá división en el cuerpo y todos se sentirán «unos miembros de otros» (1 Cor 12, 12-26). Los apóstoles, en el puesto del Señor, se desviven porque todos sean uno. «Os conjuro en virtud de la exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo Espíritu... Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 1-2.5). «Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación a la que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros con amor, solícitos en conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza a la que habéis sido llamados ((Ef 4, 1-4). La fraternidad apostólica se convierte con su palabra y con su gesto en el aliento de la comunión de la unidad de la iglesia entera para recorrer después todos juntos los caminos del reino.

d) *Servir juntos el amor del Señor*

Jesús, al caminar por Galilea, envió a los discípulos que le seguían de cerca a continuar su obra (Lc 10, 1-20). Era la misma tarea de la liberación escatológica, que él estaba llevando adelante. También ellos habían de poner su amor, hecho gracia, allí donde estaba el pecado, mediante el anuncio del evangelio (10, 11); habían de poner su amor hecho vida allí donde estaban las marcas del dolor, mediante el servicio de los pobres (10, 9); habían de poner su amor hecho justicia y libertad, allí donde está la injusticia y la opresión, mediante una lucha valiente por la verdad (10, 13-15). Se trata de continuar la obra liberadora de Jesús, que ha recorrido los caminos defendiendo los derechos del reino de Dios y que ahora está ya entronizado para venir pronto a consumir su señorío como Hijo del hombre, el señorío de la gracia y de la vida, el de la justicia y la libertad, el de la verdad y de la paz. «No les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de descubrirse, ni oculto que no haya de saberse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados». «Todo aquél que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre celestial. Pero quien me niegue ante los hombres, yo también le negaré

ante mi Padre, que está en los cielos» (Mt 10, 26-27. 32-33). Estas palabras del Señor, referidas a los primeros misioneros cristianos en los relatos evangélicos, revelan que el camino de la pequeña fraternidad seguía de cerca en tareas y tribulaciones el mismo que había abierto Jesús (cf. Hech 3, 4).

La pequeña fraternidad es misionera. El grupo de hermanos que acompañan a Pablo se dedicarán siempre y en todo lugar al anuncio del evangelio, para dar a los hombres, a la comunidad y al universo la fuerza más radical de su liberación «Pero, ¿cómo invocarán a aquél en quien no han creído? ¿cómo creerán en aquél a quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el bien...! Por tanto, la fe viene de la predicación y la predicación de la palabra-de Cristo» (Rom 10, 14-15.17). Se trata de que su voz llegue hasta los confines de la tierra. Será llevada por aquellos esclavos, que tienen sobre sí el destino irremediable de anunciar gratis el evangelio (1 Cor 9, 16-18). Pero el Señor, con el trabajo de la pequeña fraternidad, hará que la comunidad entera sea misionera (p. e. Flp 2, 12-18; 1 Tes 1, 6-10). El pequeño grupo de hermanos se entrega con el mayor esmero a acoger a los pobres que son la basura de este mundo (1 Cor 1, 26-31) y mientras caminan llevan en sus entrañas la inquietud por compartir con los hermanos más desvalidos, los mendigos acogidos a la comunidad de Jerusalén (2, 10). Por eso despiertan, en cada comunidad y en todas ellas, la necesidad de salir al encuentro de los oprimidos, de los marginados y despreciados (Rom 12, 8; 1 Cor 11, 20-22), y de compartir con ellos lo que se es y lo que se tiene, aun desde la misma pobreza, con rebosante alegría (2 Cor 8, 1-9.15) Así la comunidad entera será diaconal. Pero la fraternidad apostólica, además, siguiendo a su Señor, tendrá que confesar su señorío en medio del mundo, frente a toda idolatría y opresión, aunque el mundo se justifique y orqueste políticamente. «En el Espíritu santo, en caridad sincera, en la palabra de la verdad, en el poder de Dios; mediante las armas de la justicia: las de la derecha y las de la izquierda» (2 Cor 6, 6-7). El grupo apostólico ayuda así a que la comunidad entera se haga militante para el señorío del *Kyrios*, que va delante, dando la batalla a los dominadores de este mundo tenebroso. «¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados los pies en el ardor por el evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar los dardos encendidos del maligno. Tomad también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios: siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6, 14-18).

El camino del Señor, que avanza con su pequeña fraternidad, reuniendo la familia entera de los hermanos, para consumir el reino y entregarlo al Padre, empezó en la contemplación, que se hizo comunión desde la encarnación, para la liberación. Ahora se convierte en un sendero de angustia, de tribulación y de martirio. El mundo está cerrado a ellos en el odio más declarado, porque no son del mundo y vienen a hacer la crisis más radical del mundo (Jn 15, 18-19; 1 Jn 2, 15). El cosmos está bajo la soberanía de su príncipe (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11; 1 Jn 5, 19). Los discípulos han de contar por tanto no sólo con el dolor, sino con la muerte violenta de los mártires. «Os entregarán a los tribunales y os azotarán en las sinagogas y por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes...». «Entregará a la muerte el hermano al hermano, y el padre al hijo; se levantarán los hijos contra los padres y los matarán. Seréis odiados por todos a causa de mi nombre»... «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra» (Mt 10, 17; 18, 21; 22, 23). Las palabras del Señor retratan ahora el itinerario martirial de las primeras fraternidades apostólicas. «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (Jn 15, 20). «Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llega la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios» (Jn 16, 2). «Entonces llaman a los apóstoles y, después de haberles azotado, les intimaron que no hablasen en nombre de Jesús» (Hech 5, 40). Pero el camino de los apóstoles es sufrir ultrajes y muerte por su nombre. «En tribulaciones, necesidades, angustias; en azotes, cárceles, sediciones...; tenidos por impostores, siendo veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes están a la muerte, pero vivos; como castigados, aunque no condenados a muerte; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, aunque enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, aunque lo poseen todo (2 Cor 6, 4-5. 8-9). Noches sin dormir, días sin comer; hambre, sed y desnudez; peligros en la tierra y en el mar; azotes y cárceles (2 Cor 11, 23-28). Los apóstoles están destinados a la muerte. Han de vivir bajo la sombra de la cruz, han de llevar en su cuerpo las llagas (Gál 6, 14-17). Es así como se adentran en la pascua con su Señor, para compartir con él en extremo la tarea de reunir la iglesia hacia el reino. La pequeña fraternidad apostólica, cuando atraviesa el martirio, es cuando proclama y atestigua más al Señor resucitado, que va delante de todos.

Ahora comprendemos cuál es en último término la tarea de las fraternidades de apóstoles y discípulos que hacen la travesía en la tierra: ayudar a los hermanos a entregarse al Señor por entero. Es así como los hermanos, incorporados a El, formarán la gran familia de la iglesia y, revestidos de él, reconocerán tras sus huellas los caminos del reino: la contemplación y la encarnación, la comunión y la liberación, la pascua y la entrada hacia la plenitud de la comunión. La fraterni-

dad apostólica es un pequeño punto de luz, luz de luz, reflejo vivo del lucero, el Señor, que en el tiempo de Pentecostés ha querido irradiar la luz como levantes de la aurora, que abarcará a la humanidad y a la creación entera. «A aquél que puede realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, según el poder que actúa en nosotros. A él la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los siglos. Amén» (Ef 3, 20-21).

- W. G. Kümmel, *Einleitung in das Neue Testament*, Heidelberg ¹⁷1973.
 E. Lohse, *Introducción al Nuevo Testamento*, Madrid 1975.
 R. Bultmann, *Theologie des Neuen Testaments*, Tübingen ⁵1965.
 H. Conzelmann, *Grundriss der Theologie des Neuen Testaments*, München ²1968.
 J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento I*, Salamanca ²1974.
 K. H. Schelkle, *Teología del Nuevo Testamento I-IV*, Barcelona 1975.
 L. Goppelt, *Die Theologie des Neuen Testaments*, Göttingen 1975.
 E. Lohse, *Teología del Nuevo Testamento*, Madrid 1978.
 R. Schnackenburg, *Cristología del Nuevo Testamento*, en *Mysterium salutis* III-1, Madrid 1971, 245-414.
 G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret*, Salamanca 1975.
 R. Schnackenburg, *Reino y reinado de Dios*, Madrid ²1970.
 J. Jeremias, *Las parábolas de Jesús*, Estella-Salamanca 1970.
 O. Cullmann, *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*, Madrid 1971.
 M. Hengel, *Jesús y la violencia revolucionaria*, Salamanca 1973.
 H. Schlier, *Eclesiología del Nuevo Testamento*, en *Mysterium salutis* IV-1, Madrid 1973, 101-229.
 W. Trilling, *El verdadero Israel. Estudio de la teología de Mateo*, Madrid 1974.
 H. Conzelmann, *El centro del tiempo. Estudio de la teología de Lucas*, Madrid 1974.
 M. Legido, *La iglesia del Señor. Un estudio de eclesiología paulina*, Salamanca 1978.
 H. F. von Campenhausen, *Kirchliches Amt und geistliche Vollmacht in der ersten drei Jahrhunderten*, Tübingen ²1963.
 J. Delorme (ed.), *El ministerio y los ministerios en el Nuevo Testamento*, Madrid 1973.
 J. Hainz, *Ekklesia. Strukturen paulinischer Gemeinden-Theologie und Gemeinde-Ordnung*, Regensburg 1972.
 J. Rolloff, *Apostolat-Verkündigung-Kirche. Ursprung, Inhalt und Funktion des kirchlichen Apostelamtes nach Paulus, Lukas und den Pastoralenbriefen*, Gütersloh 1965.
 A. Schulz, *Nachfolgen und Nachahmen. Studien über das Verhältniss des neutestamentlichen Jüngerschaft zur urchristliche Vorbildethik*, München 1962.
 M. Hengel, *Nachfolge und Charisma*, Tübingen 1968.